

CERVANTES, MIGUEL DE 1547-616)

EL GALLARDO ESPAÑOL

PERSONAJES:

ARLAXA, mora

ALIMUZEL, moro

Don ALONSO DE CÓRDOBA, conde de Alcaudete, general de Orán

Don FERNANDO DE SAAVEDRA

GUZMÁN, capitán

FRATÍN, ingeniero

Un SOLDADO

CEBRIÁN, moro, criado de Alimuzel

NACOR, [jarife] moro

Don MARTÍN DE CÓRDOBA

UNO, con una petición

BUITRAGO, soldado

Un PAJECILLO

OROPESA, cautivo

ROBLEDO, alférez

VOZMEDIANO, anciano

Doña MARGARITA, doncella en hábito de hombre

BAIRÁN, renegado

Un MORO

Don JUAN de Valderrama

ROAMA, moro

AZÁN, rey de Argel

El rey del CUCO

El rey del ALABEZ

Don FRANCISCO de Mendoza

ACOMPAÑAMIENTO

JORNADA PRIMERA

Salen ARLAXA, mora, y ALIMUZEL, moro

ARLAXA:

Es el caso, Alimuzel,

que, a no traerme el cristiano,

te será el Amor tirano,
y yo te seré crüel.
Quiérole preso y rendido,
aunque sano y sin cautela.

ALIMUZEL:

¿Posible es que te desvela
deseo tan mal nacido?
Conténtate que le mate,
si no pudiere rendille;
que detener al herille
el brazo, será dislate.
Partiréme a Orán al punto,
y desafiare al cristiano,
y haré por traerle sano,
pues no le quieres difunto.
Pero, si acaso el rigor
de la cólera me incita
y su muerte solicita,
¿tengo de perder tu amor?
¿Está tan puesto en razón
Marte, desnuda la espada,
que la tenga nivelada
al peso de tu afición?

ARLAXA:

Alimuzel, yo confieso
que tienes razón en parte;
que, en las hazañas de Marte,
hay muy pocas sin exceso,
el cual se suele templar
con la cordura y valor.
Yo he puesto precio en mi amor:
mira si le puedes dar.
Quiero ver la bizarría
deste que con miedo nombro,
deste espanto, deste asombro
de toda la Berbería;
deste Fernando valiente,
ensalzador de su crisma
y coco de la morisma,
que nombrar su nombre siente;
deste Atlante de su España,
su nuevo Cid, su Bernardo,
su don Manuel el gallardo
por una y otra hazaña.

Quiero de cerca miralle,
pero rendido a mis pies.

ALIMUZEL:

Haz cuenta que ya lo ves,
puesto que dé en ayudalle
todo el cielo.

ARLAXA:

Pues, ¿qué esperas?

ALIMUZEL:

Espero a ver si te burlas;
aunque para mí tus burlas
siempre han sido puras veras.
Comedido, como amante,
soy, y sólo sé decirte
que el deseo de servirte
me hacer ser arrogante.
Puedes de mí prometerte
imposibles sobrehumanos,
mil prisioneros cristianos
que vengan a obedecerte.

ARLAXA:

Tráeme solamente al fuerte
don Fernando Saavedra,
que con él veré que medra
y se mejora mi suerte;
y aun la tuya, pues te doy
palabra que he de ser tuya,
como el hecho se concluya
a mi gusto.

ALIMUZEL:

Quizá hoy
oirán los muros de Orán
mi voz en el desafío,
y aun de los cielos confío,
que luz y vida nos dan,
que han de acudir a mi intento
con suceso venturoso.

ARLAXA:

Parte, Alimuzel famoso.

ALIMUZEL:

Fuerzas de tu mandamiento
me llevan tan alentado,
que acabaré con valor
el imposible mayor
que se hubiere imaginado.

ARLAXA:

Ve en paz, que de aquesta guerra
la vitoria te adivino.

[Vase] ARLAXA

ALIMUZEL:

¡Queda en paz, rostro divino,
ángel que mora en la tierra,
bizarra sobre los hombres
que a guerra a Marte provoca[n],
a quien de excelencias tocan
mil títulos y renombres;
en extremo poderosa
de dar tormento y placer,
yelo que nos hace arder
en viva llama amorosa!
Que[da] en paz, que, sin tu sol,
ya camino en noche oscura;
resucite mi ventura
la muerte deste español.
Mas, ¡ay, que no he de matalle,
sino prendelle y no más!
¿Quién tal deseo jamás
vio, ni pudo imaginalle?

[Vase] ALIMUZEL. Salen Don ALONSO de Córdoba, conde de
Alcaudete, general de Orán; Don FERNANDO de Saavedra; GUZMÁN,
capitán; FRATÍN, ingeniero

FRATÍN:

Hase de alzar, señor, esta cortina
a peso de aquel cubo, que responde
a éste que descubre la marina.
De la silla esta parte no se esconde;
mas, ¿qué aprovecha, si no está en defensa,
ni Almarza a nuestro intento corresponde?

D. ALONSO:

El cerco es cierto, y más cierta la ofensa,
si ya no son cortinas y muralla
de vuestros brazos la virtud inmensa.
Donde el deseo de la fama se halla,
las defensas se estiman en un cero,
y a campo abierto salta a la batalla.
Venga, pues, la morisma, que yo espero
en Dios y en vuestras manos vencedoras
que volverá el león manso cordero.
Los Argos, centinelas veladoras,
miren al mar y miren a la tierra
en las del día y las nocturnas horas.
No hay disculpa al descuido que en la guerra
se hace, por pequeño que parezca,
que pierde mucho quien en poco yerra;
y si aviniere que el cabello ofrezca
la ligera ocasión, ha de tomarse,
antes que a espaldas vueltas desaparezca:
que, en la guerra, el perderse o el ganarse
suele estar en un punto, que, si pasa,
vendrá el de estar quejoso y no vengarse.
En su pajiza, pobre y débil casa
se defiende el pastor del sol ardiente
que el campo agosta y la montaña abrasa.
Quiero inferir que puede ser valiente
detrás de un muro un corazón medroso,
cuando a sus lados que le animan siente.

Entra un SOLDADO

SOLDADO:

Señor, con ademán bravo y airoso,
picando un alazán, un moro viene
y a la ciudad se acerca presuroso.
Bien es verdad que a veces se detiene
y mira a todas partes, recatado,
como quien miedo y osadía tiene.
Adarga blanca trae, y alfanje al lado,
lanza con bandereta de seguro,
y el bonete con plumas adornado.
Puedes, si gustas, verle desde el muro.

D. ALONSO:

Bien de aquí se descubre; ya le veo.
Si es embajada, yo le doy seguro.

D. FERNANDO:

Antes es desafío, a lo que creo.

[Sale] ALIMUZEL, a caballo, con lanza y adarga

ALIMUZEL:

Escuchadme, los de Orán,
caballeros y soldados,
que firmáis con nuestra sangre
vuestros hechos señalados.
Alimuzel soy, un moro
de aquellos que son llamados
galanes de Meliona,
tan valientes como hidalgos.
No me trae aquí Mahoma
a averiguar en el campo
si su secta es buena o mala,
que él tiene deso cuidado.
Tráeme otro dios más brioso,
que es tan soberbio y tan manso,
que ya parece cordero,
y ya león irritado.
Y este dios, que así me impele,
es de una mora vasallo,
que es reina de la hermosura,
de quien soy humilde esclavo.
No quiero decir que hiendo,
que destrozo, parto o rajo;
que animoso, y no arrogante,
es el buen enamorado.
Amo, en fin, y he dicho mucho
en sólo decir que amo,
para daros a entender
que puedo estimarme en algo.
Pero, sea yo quien fuere,
basta que me muestro armado
ante estos soberbios muros,
de tantos buenos guardados;
que si no es señal de loco,
será indicio de que he dado
palabra que he de cumplilla
o quedar muerto en el campo.
Y así, a ti te desafío,
don Fernando el fuerte, el bravo,
tan infamia de los moros
cuanto prez de los cristianos.
Bien se verá en lo que he dicho

que, aunque haya otros Fernandos,
es aquel de Saavedra
a quien a batalla llamo.
Tu fama, que no se encierra
en límites, ha llegado
a los oídos de Arlaxa,
de la belleza milagro.
Quiere verte; mas no muerto,
sino preso, y hame dado
el asunto de prenderte:
mira si es pequeño el cargo.
Yo prometí de hacello,
porque el que está enamorado,
los más arduos imposibles
facilita y hace llano.
Y, para darte ocasión
de que salgas mano a mano
a verte conmigo agora,
destas cosas te hago cargo:
que peleas desde lejos,
que el arcabuz es tu amparo,
que en comunidad aguijas
y a solas te vas de espacio;
que eres Ulises nocturno,
no Telamón al sol claro;
que nunca mides tu espada
con otra, a fuer de hidalgo.
Si no sales, verdad digo;
si sales, quedará llano,
ya vencido o vencedor,
que tu fama no habla en vano.
Aquí, junto a Canastel,
solo te estaré esperando
hasta que mañana el sol
llegue al Poniente su carro.
Del que fuere vencedor
ha de ser el otro esclavo:
premio rico y premio honesto.
Ven, que espero, don Fernando.

Vase [ALIMUZEL]

D. ALONSO:
Don Fernando, ¿qué os parece?

D. FERNANDO:

Que es el moro comedido
y valiente, y que merece
ser de Amor favorecido
en el trance que se ofrece.

D. ALONSO:

Luego, ¿pensáis de salir?

D. FERNANDO:

Bien se puede esto inferir
de su demanda y mi celo,
pues ya se sabe que suelo
a lo que es honra acudir.
Déme vuestra señoría
licencia, que es bien que salga
antes que se pase el día.

D. ALONSO:

No es posible que ahora os valga
vuestra noble valentía.
No quiero que allá salgáis,
porque hallaréis, si miráis
a la soldadesca ley,
que obligado a vuestro rey
mucho más que a vos estáis.
En la guerra, usanza es vieja,
y aun ley casi principal
a toda razón aneja,
que por causa general
la particular se deja.
Porque no es suyo el soldado
que está en presidio encerrado
sino de aquél que le encierra,
y no ha de hacer otra guerra
sino a la que se ha obligado.
En ningún modo sois vuestro,
sino del rey, y en su nombre
sois mío, según lo nuestro;
y yo no aventuro un hombre
que es de la guerra maestro
por la simple niñería
de una amorosa porfía;
don Fernando, esto es verdad.

D. FERNANDO:

¡De extraña reguridad

usa vuestra señoría
conmigo! ¿Qué dirá el moro?

D. ALONSO:

Diga lo que él más quisiere;
que yo guardo aquí el decoro
que la guerra pide y quiere;
y della ninguno ignoro.

D. FERNANDO:

Respóndasele, a lo menos,
y sepa que por tus buenos
respetos allá no salgo.

GUZMÁN:

No os tendrá por esto el galgo,
señor don Fernando, en menos.

D. ALONSO:

Lleve el capitán Guzmán
la respuesta.

GUZMÁN:

Sí haré,
y, ¡voto a tal!, si me dan
licencia, que yo le dé
al morico ganapán
tal rato, que quede frío
de amor con el desafío.

D. ALONSO:

Respondedle cortésmente
con el término prudente
que de vuestro ingenio fío.

Vanse Don ALONSO y FRATÍN

GUZMÁN:

¿Queréis que, en vez de respuesta,
os le dé una mano tal,
que se concluya la fiesta?

D. FERNANDO:

Que me estará a mí muy mal
eso, es cosa manifiesta.
Sólo a mí me desafia,

y gran mengua me sería
que otro por mí pelease.
Mas si el moro me esperase
allí siquiera otro día,
yo le saldré a responder,
a pesar de todo el mundo
que lo quiera defender.

GUZMÁN:
¿En qué os fundáis?

D. FERNANDO:
Yo me fundo
en esto que pienso hacer:
el lunes soy yo de ronda,
y, cuando la noche esconda
la luz con su manto oscuro,
arrojaréme del muro
a la cava.

GUZMÁN:
Está muy honda
y podríais peligrar.

D. FERNANDO:
Póneme en los pies el brío
mil alas para volar.
Todo aquesto de vos fío.

GUZMÁN:
Ya sabéis que sé callar.
Dejadme salir primero,
porque de mi industria espero
que saldréis bien deste hecho.

D. FERNANDO:
Sois amigo de provecho.

GUZMÁN:
Sí, porque soy verdadero.

Vanse, y salen ALIMUZEL y CEBRIÁN, su criado, que en arábigo
quiere decir `lacayo o mozo de caballos'

ALIMUZEL:

Átale allí, Cebrián,
al tronco de aquella palma;
repose el fuerte alazán
mientras reposa mi alma
los cuidados que le dan.
Aquí a solas daré al llanto
las riendas, o al pensar santo
en las memorias de Arlaxa,
en tanto que al campo baja
aquél que se estima en tanto.

Baja la cabeza CEBRIÁN y vase

¡Venturoso tú, cristiano,
que puedes a tus despojos
añadir el más que humano,
que es querer verte los ojos
del cielo que adoro en vano!
Y más que pena recibo
desto que en el alma escribo
con celoso desconcierto:
que a mí me quieren ver muerto
y a ti te quieren ver vivo.
Pero yo no haré locura
semejante; que, si venzo,
o por fuerza o por ventura,
daré a mis glorias comienzo,
dándote aquí sepultura.
Mas, si te hago morir,
¿cómo podré yo cumplir
lo que Arlaxa me ha mandado?
¡Oh triste y dudoso estado,
insufrible de sufrir!
Parleras aves, que al viento
esparcís quejas de amor,
¿qué haré en el mal que siento?
¿Daré la rienda al rigor,
o al cortés comedimiento?
Mas démosla al sueño agora;
perdonadme, hermosa mora,
si aplico sin tu licencia
este alivio a la dolencia
que en mi alma triste mora.

Échase a dormir, y sale al instante NACOR, moro,

con un turbante verde

[NACOR]:

Mahoma, ya que el Amor
en mis dichas no consiente,
muéstrame tú tu favor:
mira que soy tu pariente,
el infelice Nacor.
Jarife soy de tu casta,
y no me respeta el asta
de Amor que blande en mi pecho,
un blanco a sus tiros hecho,
do todas sus flechas gasta.
Y más, y no sé qué es esto,
que, con ser enamorado,
soy de tan bajo supuesto,
que no hay conejo acosado
más cobarde ni más presto.
Desto será buen testigo
el ver aquí mi enemigo
dormido, y no osar tocallo,
deseando de matalle
por venganza y por castigo.
Que esté celoso y con miedo,
por Alá, que es cosa nueva.
¿Llegaré, o estarme he quedo?
¿Cortaré en segura prueba
este gordiano enredo?
Que si éste quito delante,
podrá ser que vuelva amante
el pecho de Arlaxa ingrato.
Muérome porque no mato;
oso y tiemblo en un instante.

[Sale] el capitán GUZMÁN,
con espada y rodela

GUZMÁN:

¿Eres tú el desafiador
de don Fernando, por dicha?

NACOR:

No tengo yo ese valor;
que el corazón con desdicha
es morada del temor.
Aquél es que está allí echado;

moro tan afortunado,
que Arlaxa le manda y mira.

GUZMÁN:
Paréceme que suspira.

NACOR:
Sí hará, que está enamorado.

GUZMÁN:
¡Alimuzel!

ALIMUZEL:
¿Quién me llama?

GUZMÁN:
Mal acudirás, durmiendo,
al servicio de tu dama.

ALIMUZEL:
En el sueño va adquiriendo
fuerzas la amorosa llama,
porque en él se representan
visiones que me atormentan,
obligaciones que guarde,
miedos que me hacen cobarde
y celos que más me alientan.
Mirándote estoy, y veo
cuán propio es de la mujer
tener extraño deseo.
Cosas hay en ti que ver,
no que admirar.

GUZMÁN:
Yo lo creo;
pero, ¿por qué dices eso?

ALIMUZEL:
Don Fernando, yo confieso
que tu buen talle y buen brío
llega y se aventaja al mío,
pero no en muy grande exceso;
y si no es por el gran nombre
que entre la morisma tienes
de ser en las armas hombre,
ninguna cosa contienes

que enamores ni que asombre;
y yo no sé por qué Arlaxa
tanto se angustia y trabaja
por verte, y vivo, que es más.

GUZMÁN:
Engañado, moro, estás:
tu vano discurso ataja,
que yo no soy don Fernando.

ALIMUZEL:
Pues, ¿quién eres?

GUZMÁN:
Un su amigo
y embajador.

ALIMUZEL:
Dime cuándo
espera verse conmigo,
porque le estoy aguardando.

GUZMÁN:
Has de saber, moro diestro,
que el sabio general nuestro
que salga no le consiente.

ALIMUZEL:
Pues, ¿por qué?

GUZMÁN:
Porque es prudente
y en la guerra gran maestro.
Teme el cerco que se espera,
y no quiere aventurar
en empresa tan ligera
una espada que en cortar
es entre muchas primera.
Pero dice don Fernando
que le estés aquí aguardando
hasta el lunes, que él te jura
salir en la noche oscura,
aunque rompa cualquier bando.
Si aquesto no te contenta,
y quieres probar la suerte
con menos daño y afrenta,

tu brazo gallardo y fuerte
con éste, que es flaco, tienta,
y a tu mora llevarás,
si me vences, quizá más
que en llevar a don Fernando.

ALIMUZEL:

No estoy en eso pensando;
muy descaminado vas.
No eres tú por quien me envía
Arlaxa, y, aunque te prenda,
no saldré con mi porfía.
Haz que don Fernando entienda
que le aguardaré ese día
que pide, y si le venciere,
y entonces tu gusto fuere
probarme en el marcial juego,
mi voluntad hará luego
lo que la tuya quisiere;
que ya sabes que no es dado
dejar la empresa primera
por la segunda al soldado.

GUZMÁN:

Es verdad.

ALIMUZEL:

Desa manera
bien quedaré desculpado.

GUZMÁN:

Dices muy bien.

ALIMUZEL:

Sí, bien digo.
Vuélvete, y dile a tu amigo
que le espero y que no tarde.

GUZMÁN:

Tu Mahoma, Alí, te guarde.

ALIMUZEL:

Tu Cristo vaya contigo.

Vase GUZMÁN

Nacor, ¿qué es esto? ¿A qué vienes?

NACOR:

A ver cómo en esta empresa
tan peligrosa te avienes;
y por Alá que me pesa
de ver que en punto la tienes,
que el de tu muerte está a punto.

ALIMUZEL:

¿En qué modo?

NACOR:

En que barrunto
que, si de noche peleas,
sobre ti no es mucho veas
todo un ejército junto.
Esto de no estar en mano
de don Fernando el salir,
tenlo por ligero y vano;
que se suele prevenir
con astucias el cristiano.
De noche quieren cogerte,
porque al matarte o prenderte,
aun el sol no sea testigo.
No creas a tu enemigo;
Alí, procura volverte,
que bien disculpado irás
con Arlaxa, pues has hecho
lo que es posible, y aun más.

ALIMUZEL:

Consejos de sabio pecho
son, Nacor, los que me das;
pero no puedo admitillos,
ni menos con gusto oílos;
que tiene el Amor echados
a mis oídos, candados;
a los pies y alma, grillos.

NACOR:

Para mejor ocasión
te guarda, porque es cordura
prevenir a la intención
del que a su salvo procura
su gloria y tu perdición.

Ven, que a Arlaxa daré cuenta
de modo que diga y sienta
que eres vencedor osado,
pues si no sale el llamado,
en sí se queda la afrenta.
Cuanto más, que, cuando venga
el cerco desta ciudad,
que ya no hay quien le detenga,
podrás, a tu voluntad,
hacer lo que más convenga;
que entonces saldrá el cristiano,
si es arrogante y lozano,
al campo abierto, sin duda.

ALIMUZEL:

Bien es, Nacor, que yo acuda
a tu consejo, que es sano.
Ven y vamos, pues podré,
en este cerco que dices,
cumplir lo que aquí falté;
mas mira que me autorices
con Arlaxa.

NACOR:

Sí haré.
(Sentirá Arlaxa la mengua Aparte
que tanto al cristiano amengua,
haciéndole della alarde;
vos quedaréis por cobarde,
o mal me andaré la lengua).

Vanse. Salen Don ALONSO de Córdoba, general de Orán, conde de Alcaudete,
y su hermano, Don MARTÍN de Córdoba, y Don FERNANDO de Saavedra

D. ALONSO:

Señor don Martín, conviene
que vuesa merced acuda
a Mazalquivir, que tiene
necesidad de la ayuda
que vuestro esfuerzo contiene;
que allí acudirá primero
el enemigo ligero.
Mas, que venzáis no lo dudo;
que el cobarde está desnudo,
aunque se vista de acero.
En su muchedumbre estriba

aquesta mora canalla,
que así se nos muestra esquiva;
mas, cuando defensa halla,
se humilla, prostra y derriba.
Sus gustos, sus algazaras,
si bien en ello reparas,
son el canto del medroso;
calla el león animoso
entre las balas y jaras.

D. MARTÍN:

Por mi caudillo y mi hermano
te obedezco, y haré cuanto
fuere, señor, en mi mano;
que ni de gritos me espanto,
ni de tumulto pagano.
Dame, señor, municiones,
que en el trance que me pones
pienso, si no faltan ellas,
poner sobre las estrellas
los españoles blasones.

[Sale] UNO con una petición

UNO:

Señor, dame licencia que te lea
aquesta petición.

D. ALONSO:

Lee en buen hora.

UNO:

Doña Isabel de Avellaneda, en nombre
de todas las mujeres desta tierra,
dice que llegó ayer a su noticia
que, por temor del cerco que se espera,
quieres que quede la ciudad vacía
de gente inútil, enviando a España
las mujeres, los viejos y los niños:
resolución prudente, aunque medrosa.
Y apelan desto a ti, de ti, diciendo
que ellas se ofrecen de acudir al muro,
ya con tierra o fajina, o ya con lienzos
bañados en vinagre, con que limpien
el sudor de los fieros combatientes
que asistan al rigor de los asaltos;

que tomarán la sangre a los heridos;
que las más pequeñuelas harán hilas,
dando la mano al lienzo y voz al cielo;
con tiernas virginales rogativas,
pidiendo a Dios misericordia, en tanto
que los robustos brazos de sus padres
defiendan sus murallas y sus vidas;
que los niños darán de buena gana
para enviar a España con los viejos,
pues no pueden servir de cosa alguna;
mas ellas, que por útiles se tienen,
no irán de ningún modo, porque piensan,
por Dios, y por su ley y por su patria,
morir sirviendo a Dios, y en la muerte,
cuando el hado les fuere inexorable,
dar el último vale a sus maridos,
o ya cerrar los ojos a sus padres
con tristes y cristianos sentimientos.
En fin, serán, señor, de más provecho
que daño, por lo cual te ruegan todas
que revoques, señor, lo que ordenaste,
en cuanto toca a las mujeres sólo,
que en ello harás a Dios servicio grande,
merced a ellas y favor inmenso.
Esto la petición, señor, contiene.

D. ALONSO:

Nunca tal me pasó por pensamiento;
nunca tanto el temor se ha apoderado
de mí, que hiciese prevención tan triste.
Por respuesta llevad que yo agradezco
y admito su gallardo ofrecimiento,
y que de su valor tendrá la fama
cuidado de escribirle y de grabarle
en láminas de bronce, porque viva
siglos eternos. Y esto les respondo,
y andad con Dios.

UNO:

Por cierto que han mostrado
de espartanas valor, de argivas brío.

[Sale] el capitán GUZMÁN

D. ALONSO:

Pues, capitán Guzmán, ¿qué dice el moro?

GUZMÁN:
Ya se fue malcontento.

[Hablan don FERNANDO y el capitán GUZMÁN aparte]

D. FERNANDO:
(¿Es ido cierto?)

GUZMÁN:
Aguardándote está, porque es valiente
y discreto además en lo que muestra).

D. FERNANDO:
(Saldré, sin duda).

GUZMÁN:
(No sé si lo aciertas,
que está muy cerca el cerco).

D. FERNANDO:
(Si le venzo,
presto me volveré; si soy vencido,
poca falta haré, pues poco valgo).

D. ALONSO:
¡Bravo parece el moro!

GUZMÁN:
Bravo, cierto,
y muy enamorado y comedido.

[Sale] a esta sazón BUITRAGO, un soldado, con la espada sin vaina, oleada con un orillo, tiros de soga; finalmente, muy malparado. Trae una tablilla con demanda de las ánimas de purgatorio, y pide para ellas. Y esto de pedir para las ánimas es cuento verdadero, que yo lo vi, y la razón porque pedía se dice adelante

BUITRAGO:
Denme para las ánimas, señores,
pues saben que me importa.

D. ALONSO:
¡Oh buen Buitrago!
¿Cuánto ha caído hoy?

BUITRAGO:
Hasta tres cuartos.

D. MARTÍN:
¿Dellos, qué habéis comprado?

BUITRAGO:
Casi nada:
una asadura sola y cien sardinas.

D. MARTÍN:
Harto habrá para hoy.

BUITRAGO:
¡Por Santo Nuflo,
que apenas hay para que masque un diente!

D. MARTÍN:
Comeréis hoy conmigo.

BUITRAGO:
Dese modo,
habrá para almorzar en lo comprado.

D. MARTÍN:
¿Y la ración?

BUITRAGO:
¿Qué? ¿La ración? Ya asiste
a un lado del estómago, y no ocupa
cuanto una casa de ajedrez pequeña.

D. FERNANDO:
¡Gran comedor!

GUZMÁN:
Tan grande, que le ha dado
el conde esta demanda porque pueda
sustentarse con ella.

BUITRAGO:
¿Qué aprovecha?
Que, como saben todos que no hay ánima
a quien haga decir sólo un responso,
si me dan medio cuarto, es por milagro;
y así, pienso pedir para mi cuerpo,

y no para las ánimas.

D. MARTÍN:

Sería
gran discreción.

BUITRAGO:

¡Oh, pese a mi linaje!,
¿No sabe todo el mundo que, si como
por seis, que suelo pelear por siete?
¡Cuerpo de Dios conmigo! Denme ripio
suficiente a la boca, y denme moros
a las manos a pares y a millares:
verán quién es Buitrago y si merece
comer por diez, pues que pelea por veinte.

D. ALONSO:

Tiene razón Buitrago; mas agora,
si llega el cerco, mostrará sus bríos,
y haré yo que le den siete raciones
con tal que cese la demanda.

BUITRAGO:

Cese,
que entonces no habrá lengua, y habrá manos;
no hay pedir, sino dar; no hay sacar almas,
del purgatorio entonces, sino espiches,
para meter en el infierno muchas
de la mora canalla que se espera.

[Sale] un PAJECILLO [y] diga

[PAJECILLO]:

¡Daca el alma, Buitrago, daca el alma!

BUITRAGO:

¡Hijo de puta, y puto; y miente, y calle!
¿No sabe el cornudillo, sea quien fuere,
que, aunque tenga cien cuerpos y cien almas
para dar por mi rey, no daré una
si me la piden dese modo infame?

D. MARTÍN:

Otra vez, Cereceda.

PAJECILLO:

¡Daca el alma!

BUITRAGO:
¡Por vida de...!

D. ALONSO:
Buitrago, con paciencia:
no la deis vos, por más que os la demanden.

BUITRAGO:
¡Que tenga atrevimiento un pajecillo
de pedirme a mí el alma! ¡Voto a Cristo,
que, a no estar aquí el conde, don hediondo,
que os sacara la vuestra a puntillazos,
aunque me lo impidiera el mismo diablo
por prenda suya!

D. ALONSO:
No haya más, Buitrago;
guardad vuestra alma, y dadnos vuestras manos,
que serán menester, yo os lo prometo.

BUITRAGO:
Denme para las ánimas agora,
que todo se andará.

D. MARTÍN:
Tomad.

BUITRAGO:
¡Oh invicto
don Martín, generoso! Por mi diestra,
que he de ser tu soldado, si, por dicha,
vas a Mazalquivir, como se ha dicho.

D. MARTÍN:
Seréis mi camarada y compañero.

BUITRAGO:
¡Vive Dios, que eres bravo caballero!

Vanse, y sale[n] ARLAXA y OROPESA, su cautivo

ARLAXA:
¡Mucho tarda Alimuzel!
Cristiano, no sé qué sea.

OROPESA:

Fuiste, señora, con él
otra segunda Medea,
famosa por ser crüel.
A una empresa le enviaste
que parece que mostraste
que te era en odio su vida.

ARLAXA:

Yo fui parte en su partida,
tú el todo, pues la causaste.
Las alabanzas estrañas
que aplicaste a aquel Fernando,
contándome sus hazañas,
se me fueron estampando
en medio de las entrañas;
y de allí nació un deseo
no lascivo, torpe o feo,
aunque vano por curioso,
de ver a un hombre famoso
más de los que siempre veo.
Más que discreta, curiosa,
ordené que Alimuzel
fuese a la empresa dudosa;
no por mostrarme con él
ingrata ni rigurosa.
Y muéstrame su tardanza
que me engañó la esperanza,
y que es premio merecido
del deseo mal nacido
tenelle quien no le alcanza.
Yo tengo un alma bizarra
y varonil, de tal suerte,
que gusto del que desgarrar
y más allá de la muerte
tira atrevido la barra.
Huélgome de ver a un hombre
de tal valor y tal nombre,
que con los dientes tarace,
con las manos despedace
y con los ojos asombre.

OROPESA:

Pues si viene Alimuzel,
y a don Fernando trae preso,

no verás, señora, en él
ninguna cosa en exceso
de las que te he dicho dél.
Tendrásme por hablador,
y será más el valor
de Alimuzel conocido,
pues la fama del vencido
se pasa en el vencedor.
Pero si acaso da el cielo
a don Fernando vitoria,
cierto está tu desconsuelo,
pues su fama en tu memoria
alzará más alto el vuelo,
y de no poderle ver,
vendrá el deseo a crecer
de velle.

ARLAXA:
Tienes razón:
parienta es la confusión
del discurso de mujer.

[Salen] ALIMUZEL y NACOR

ALIMUZEL:
Dadle la mano, señora,
o los pies a aqueste esclavo,
que con el alma os adora.

ARLAXA:
¿Cómo en corazón tan bravo
tanta humildad, señor, mora?
Alzaos, no estéis dese modo.

ALIMUZEL:
A tu gusto me acomodo.

ARLAXA:
¿Sois vencido, o vencedor?

ALIMUZEL:
Todo lo dirá Nacor,
que se halló presente a todo.

NACOR:
No quiso el desafiado

acudir al desafío,
aunque bien se ha disculpado.

ARLAXA:

¿ése es soldado de brío,
tan temido y alabado?
¿Cómo pudo dar disculpa
buena de tan fea culpa?

NACOR:

Su general le detuvo,
que él ninguna culpa tuvo,
aunque Alimuzel le culpa;
que él saliera al campo abierto,
a esperarle un día más,
según quedó en el concierto.

ALIMUZEL:

Nacor, endiablado estás;
no sé cómo no te he muerto.

NACOR:

Mal haces de amenazarme,
ni, soberbio, ocasión darme
para que contigo rife,
pues sabes que soy jarife,
y que pecas en tocarme.

ARLAXA:

Paso, mi señor valiente,
que entiendo deste contraste,
sin que ninguno le cuente,
que ni él salió, ni esperaste.

NACOR:

Es así.

ALIMUZEL:

¡Un jarife miente!
¡Por Alá, que es gran maldad!

NACOR:

¿No se muestra la verdad
en que te vienes sin él?

ALIMUZEL:

¿Pude yo verme con él,
encerrado en la ciudad?
¿No sabes lo que pasó,
y la embajada que trajo
quien por él me respondió?

NACOR:

Sé que a esperar se redujo
el trance, y más no sé yo.

ALIMUZEL:

¿Por consejo no me diste
que me volviese?

NACOR:

Hiciste
mal; yo bien, porque pensaba
que a un cobarde aconsejaba.

ALIMUZEL:

¡El diablo se me reviste!
¡Incita a hacerte pedazos!

NACOR:

Jarife soy; no me toques
con los dientes ni los brazos,
ni a que te dé me provoques
duros y fuertes abrazos;
que ya sabes que Mahoma
por suya la causa toma
del jarife, y le defiende,
y al soberbio que le ofende
a sus pies le humilla y doma.

[Salen] dos MOROS y traen cautivo a Don FERNANDO, en cuerpo y sin
espada

ALIMUZEL:

¿Qué es aquesto?

PRIMER[O]:

A este cristiano
cautivó tu escuadra ayer
junto a Orán.

D. FERNANDO:

¡Miente el villano!
Yo me entregué, sin poner
pies a huir ni a espada mano.
Si no quisiera entregarme,
no pudieran cautivarme
tres escuadras, ni aun trecientas.

ALIMUZEL:
Estás cautivo y revientas
de bravo.

D. FERNANDO:
Puedo alabarme.

ARLAXA:
¿Quién eres?

D. FERNANDO:
Soy un soldado
que me he venido a entregar
a vuestra prisión de grado,
por no poder tolerar
ser valiente y mal pagado.

ARLAXA:
Luego, ¿quieres ser cautivo?

D. FERNANDO:
De serlo gusto recibo;
dadme patrón que me mande.

ARLAXA:
¡Qué disparate tan grande!

D. FERNANDO:
Yo de disparates vivo.

OROPESA:
Éste es don Fernando, cierto,
el que yo tanto alabé,
y ni viene preso o muerto,
ni cómo viene no sé,
ni atino su desconcierto.
El callar será acertado,
hasta hablalle en apartado,
que me admira su venida.

ALIMUZEL:

¿Seréis, Arlaxa, servida
de que os sirva este soldado?
Que si ayer fue el primer día
que salió de Orán, dirá
si hice lo que debía;
que yo entiendo que sabrá
mi valor o cobardía.

Dime: ¿oíste un desafío
que hizo un moro vacío
de ventura y de fe lleno?

D. FERNANDO:

Y fue tenido por bueno,
bien criado y de gran brío.
El retado no salió,
que lo estorbó el general
por cierta ley que halló;
pero después, por su mal,
que vino al campo sé yo,
pensando de hallar allí
al valeroso Alí,
porque salimos los dos:
él a combatir con vos,
yo para venir aquí,
que ya os conozco en el talle.

ALIMUZEL:

Pues esto es verdad, señora,
bien será que Nacor calle.

OROPESA:

¡Oh! Si llegase la hora
en que pudiese hablalle,
¡qué de cosas le diría!

[NACOR]:

¿No se ve tu cobardía,
si el cristiano salió a verte,
y tú quisiste volverte
sin esperar más de un día?

ALIMUZEL:

Si tú no hicieras alarde
de tu ingenio caviloso,
yo volviera nunca o tarde.

NACOR:
Consejos de religioso
presto los toma el cobarde.

ALIMUZEL:
Arlaxa, yo volveré,
y a tu presencia traeré,
o muerto o preso, al cristiano.

NACOR:
Ya tu vuelta será en vano.

ARLAXA:
No le quiero, déjale;
que, pues a la voz primera
no saltó de la muralla
y empuñó la espada fiera,
la fama que en él se halla
no debe ser verdadera;
y así, ya no quiero velle,
aunque, si puedes traelle
sin tu daño, darne has gusto.

D. FERNANDO:
Es don Fernando robusto
y habrá qué hacer en prendelle.
Conózcole como a mí,
y sé que es de condición
que sabrá volver por sí,
y aun buscará la ocasión
para responder a Alí.

ARLAXA:
¿Es valiente?

D. FERNANDO:
Como yo.

ARLAXA:
¿De buen rostro?

D. FERNANDO:
Aqueso no,
porque me parece mucho.

ALIMUZEL:

¡Todo esto con rabia escucho!

ARLAXA:

¿Tiene amor?

D. FERNANDO:

Ya le dejó.

ARLAXA:

¿Luego túvole?

D. FERNANDO:

Sí creo.

ARLAXA:

¿Será mudable?

D. FERNANDO:

No es fuerza
que sea eterno un deseo.

ARLAXA:

¿Tiene brío?

D. FERNANDO:

Y tiene fuerza.

ARLAXA:

¿Es galán?

D. FERNANDO:

De buen aseo.

ARLAXA:

¿Raja y hiende?

D. FERNANDO:

Tronca y parte.

ARLAXA:

¿Es diestro?

D. FERNANDO:

Como otro Marte.

ARLAXA:
¿Atrevido?

D. FERNANDO:
Es un león.

ARLAXA:
(Partes todas éstas son, Aparte
cristiano, para adorar[t]e,
a ser moro).

ALIMUZEL:
Calla, Arlaxa,
pues tienes aquí delante
quien por tu gusto trabaja.

ARLAXA:
Gusto yo de un arrogante
que bravea, hiende y raja.
que te doy mi fe y mi mano,
si le traes, de ser tu esposa.

D. FERNANDO:
Tú le mandas una cosa
donde ha de sudar en vano.

NACOR:
¡Soberbios sois los cristianos!

D. FERNANDO:
Eslo, al menos, quien se alaba.

ALIMUZEL:
Aquí hay quien con ufano[s]
bríos quitará la clava
a Hércules de las manos;
.....[-aba]
aquí hay quien, a pesar
de quien lo quiera estorbar,
Arlaxa, hará lo que mandas.

D. FERNANDO:
A veces se mandan mandas
que nunca se piensan dar,
y a las veces las promete
quien no las quiere cumplir

ni puede.

NACOR:

¿Quién te mete
a ti en eso?

D. FERNANDO:

Sé decir
que en parte a mí me compete;
que es don Fernando mi amigo,
y soy cierto y buen testigo
del mucho valor que encierra.

ALIMUZEL:

Traen los casos de la guerra
diversos fines consigo.
El valiente y fanfarrón
tal vez se ha visto vencido
del flaco de corazón;
que Alá da ayuda al partido
que defiende la razón.

D. FERNANDO:

Pues, ¿qué razón lleva en éste
Alí?

OROPESA:

Tú harás que te cueste
la vida tu lengua necia.

ALIMUZEL:

Si al que ama el Amor precia,
su santo favor me preste;
que, sin razón y con él,
a don Fernando el valiente
vencerá el flaco Muzel.

ARLAXA:

¡Qué plática impertinente!

ALIMUZEL:

¡Qué corazón tan crüel!

ARLAXA:

Quede el cristiano conmigo;
Alá vaya, Alí, contigo

y con Nacor.

NACOR:

Él te guarde.

ARLAXA:

Volvedme a ver esta tarde.

[Vanse] todos, sino Don FERNANDO y OROPESA

OROPESA:

¡Hola, soldado! ¿A quién digo?

¿Qué noramala, señor,
os ha traído a este puesto
tan contrario a vuestro honor?

D. FERNANDO:

En buena te diré presto
de mi fortuna el rigor:
No quiso el general mío
que saliese al desafío
que me hizo aqueste moro.
Yo, por guardar el decoro
que corresponde a mi brío,
me descolgué por el muro,
y, cuando pensé hallar
lo que aun agora procuro,
un escuadrón vino a dar
conmigo, estando seguro.
Era la noche cerrada,
y, como vi defraudada
mi esperanza tan del todo,
con el tiempo me acomodo.
Mentí; rendiles la espada;
díjeles que mi intención
era venir a ponerme
de grado en su sujeción,
y que quisiesen traerme
a reconocer patrón.
Dijéronme que este Alí
era su señor, y así,
vine sin fuerza y forzado.
De todo cuenta te he dado;
no hay más que saber de mí.

Calla mi nombre, que veo
que aquesta mora hermosa
tiene de verme deseo.

OROPESA:

De tu fama valerosa
que está enamorada creo.
No te des a conocer,
que deseos de mujer
se mudan a cada paso.

D. FERNANDO:

Vuelve Muzel; habla paso.

OROPESA:

No sé qué pueda querer.

[Sale] ALIMUZEL

ALIMUZEL:

Oropesa, escucha y calla,
y guárdame aquel secreto
que en tu discreción se halla,
que a tu bondad le prometo
con la mía de premialla.
Yo te daré libertad,
y a ti, si tu voluntad
fuere de volverte a Orán,
mis designios te darán
honrosa comodidad.
Sólo os pido, en cambio desto,
que me descubráis un modo
tan honroso y tan compuesto
que en las partes y en el todo
eche de hidalguía el resto,
el cual me vaya mostrando
en qué parte, cómo o cuándo,
ya en el campo o estacada,
pueda yo medir mi espada
con la del bravo Fernando.
Quizá está en su vencimiento,
como Arlaxa significa,
de mi bien el cumplimiento,
si ya mi esperanza rica

no la empobrece su intento;
que debe de ser doblado,
pues de lo que me ha mandado
todo se puede temer,
y no hay bien que venga a ser
seguro en el desdichado.

D. FERNANDO:

Yo te daré a tu enemigo
a toda tu voluntad,
como estoy aquí contigo,
sin usar de deslealtad,
que nunca albergó conmigo.

ALIMUZEL:

No es enemigo el cristiano;
contrario, sí; que el lozano
deseo de Arlaxa bella
presta para esta querella
la voz, el intento y mano.

D. FERNANDO:

Presto te pondré con él,
y fía aquesto de mí,
comedido Alimuzel;
y aun pienso hacer por ti
lo que un amigo fiel,
porque la ley que divide
nuestra amistad no me impide
de mostrar hidalgo el pecho;
antes, con lo que es bien hecho
se acomoda, ajusta y mide.
Ve en paz, que yo pensaré
el tiempo que más convenga
para hacer lo que haré.

ALIMUZEL:

Mahoma sobre ti venga,
y lo que puede te dé.

Vase [ALIMUZEL]

D. FERNANDO:

¡Gentil carga!

OROPESA:
Y gentil presa.

D. FERNANDO:
¿Pesa mucho?

OROPESA:
Poco pesa,
que está en fuego convertida.

D. FERNANDO:
Mira que importa [a] la vida
tener secreto, Oropesa.

Vanse, y salen riñendo el capitán GUZMÁN con el
alférez ROBLEDO

GUZMÁN:
Señor alférez Robledo,
póngase luego entredicho
a esa plática.

ROBLEDO:
No puedo;
que, lo que sin miedo he dicho,
no lo desdigo por miedo.
O él se fue a renegar,
o hizo mal en dejar
su presidio en tiempos tales.

GUZMÁN
De los hombres principales
no se debe así hablar.
El renegar no es posible,
y si en ello os afirmáis,
mentís.

(Metén mano)

ROBLEDO:
¡Oh trance terrible!

GUZMÁN

Agora sí que os halláis
en más dudoso imposible
si queréis satisfaceros.

[Sale don ALONSO, el conde de Alcaudete y Don MARTÍN de
Córdoba, acompañados

D. ALONSO:

¡Paso! ¡Teneos, caballeros!
¿Por qué ha sido la pendencia?
Guzmán ¡Más agudo es de conciencia
este hidalgo que de aceros!
Ha afirmado que se es ido
a renegar don Fernando,
y, ¡vive Dios!, que ha mentido,
y mentirá cada y cuando
lo diga

D. ALONSO:

¡Descomedido!
Llévenle luego a una torre.

GUZMÁN:

Ni me afrenta ni me corre
este agravio, porque nace
de la justicia que hace
al que su amigo socorre.

D. ALONSO:

Vaya el alférez, también,
y mientras que el cerco pasa
hagan treguas.

ROBLEDO:

Hazme un bien:
que sea la torre mi casa.

D. MARTÍN:

Sí, porque juntos no estén.

Llevan al alférez, [ROBLEDO]

UNO:
Señor, la guarda ha descubierto agora
un bajel por la banda de Poniente.

D. MARTÍN:
¿Qué vela trae?

UNO:
Entiendo que latina.

D. ALONSO:
Vamos a recibirle a la marina.

SEGUNDA JORNADA

Salen ARLAXA, Don FERNANDO, y OROPESA

ARLAXA:
¿Cómo te llamas, cristiano,
que tu nombre aún no he sabido?

D. FERNANDO:
Es mi nombre Juan Lozano;
nombre que es bien conocido
por el distrito africano.

ARLAXA:
Nunca le he oído decir.

D. FERNANDO:
Pues él suele competir
con el del bravo Fernando.

ARLAXA:
¡Mucho te vas alabando!

D. FERNANDO:
Alábome sin mentir.

ARLAXA:
Pues, ¿qué hazañas has tú hecho?

D. FERNANDO:

He hecho las mismas que él,
con el mismo esfuerzo y pecho,
y ya me he visto con él
en más de un marcial estrecho.

ARLAXA:

¿Es tu amigo?

D. FERNANDO:

Es otro yo.

ARLAXA:

¿Por ventura, di, salió
a combatir con mi moro?

D. FERNANDO:

Siempre de bravo el decoro
en todo trance guardó.

ARLAXA:

Dese modo, Alí es cobarde.

D. FERNANDO:

Eso no; que pudo ser
salir don Fernando tarde,
cuando no pudiese hacer
Alí de su esfuerzo alarde.
Y imagino que este moro
jarife, no con decoro
de amigo, a Muzel da culpa.

ARLAXA:

De su esfuerzo y de su culpa
toda la verdad ignoro.

D. FERNANDO:

Haz cuenta que te trae preso
a Fernando tu Muzel;
¿qué piensas hacer por eso?

ARLAXA:

Estimaré mucho en él
de su esfuerzo el grande exceso.
Tendré en menos al cristiano,

cuyo nombre sobrehumano
me incita y mueve el deseo
de velle.

OROPESA:

Pues yo le veo
en sólo ver a Lozano.

ARLAXA:

¿Que tanto se le parece?

OROPESA:

Yo no sé qué diferencia
entre los dos se me ofrece;
ésta es su misma presencia,
y el brazo que le engrandece.

ARLAXA:

¿Qué hazañas ha hecho ese hombre
para alcanzar tan gran nombre
como tiene?

OROPESA:

Escucha una
de su esfuerzo y su fortuna,
que podrá ser que te asombre:

Dio fondo en una caleta
de Argel una galeota,
casi de Orán cinco millas,
poblada de turcos toda.
Dieron las guardas aviso
al general, y, con tropa
de hasta trescientos soldados,
se fue a requerir la costa.
Estaba el bajel tan junto
de tierra, que se le antoja
dar sobre él: ved qué batalla
tan nueva y tan peligrosa.
Dispararon los soldados
con priesa una vez y otra;
tanto, que dejan los turcos
casi la cubierta sola.
No hay ganchos para acercar
a tierra la galeota,
pero el bravo don Fernando

ligero a la mar se arroja.
Ase recio de gúmena,
que ya el turco apriesa corta,
porque no le dan lugar
de que el áncora recoja.
Tiró hacia sí con tal fuerza,
que, cual si fuera una góndola,
hizo que el bajel besase
el arena con la popa.
Salió a tierra y della un salto
dio al bajel, cosa espantosa,
que piensa el turco que el cielo
cristianos llueve, y se asombra.
Reconocido su miedo,
don Fernando, con voz ronca
de la cólera y trabajo,
grita: ``¡Vitoria, vitoria!"
La voz da al viento, y la mano
a la espada vitoriosa,
con que matando y hiriendo
corrió de la popa a proa.
él solo rindió el bajel;
mira, Arlaxa, si ésta es obra
para que la fama diga
los bienes que dél pregona.
Probado han bien sus aceros
los lindos de Meliona,
los elches de Tremecén
y los leventes de Bona.
Cien moros ha muerto en tra[n]ces,
siete en estacada sola,
docientos sirven al remo,
ciento tiene en las mazmorras.
Es muy humilde en la paz,
y en la guerra no hay persona
que le iguale, ya cristiana,
o ya que sirva a Mahoma.

ARLAXA:
¡Oh, qué famoso español!

OROPESA:
Hércules, Héctor, Roldán
se hicieron en su crisol.

ARLAXA:

Mejor no le ha visto Orán.

OROPESA:

Ni tal no le ha visto el sol.

[Sale] NACOR

ARLAXA:

Aqueste Nacor me enfada;
no me dejéis sola.

OROPESA:

Honrada
te le muestra y comedida.

D. FERNANDO:

Da a sus razones salida:
que espere, y no espere en nada.

NACOR:

Hermosa Arlaxa, yo estoy
resuelto en traerte preso
al cristiano: y así, voy
a Orán luego.

ARLAXA:

Buen suceso
y agüero espero y te doy,
porque irás en gracia mía,
y en verte tomó alegría
desusada el corazón.

NACOR:

Tienes, Arlaxa, razón;
que yo la tendré algún día
de rogarte que me quieras.

ARLAXA:

Déjate agora de burlas,
pues partes a tantas veras.

D. FERNANDO:

Hará Nacor, si no burlas,
sus palabras verdaderas;

que amante favorecido
es un león atrevido,
y romperá, por su dama,
por la muerte y por la llama
del fuego más encendido.

OROPESA:

Concluyeras tú esta empresa
harto mejor que no él.

D. FERNANDO:

Calla y escucha, Oropesa.

NACOR:

Ya en este caso, Muzel
por vencido se confiesa,
pues no hace diligencia
por traer a tu presencia
el que yo te traeré presto.

ARLAXA:

Pártete, Nacor, con esto,
que gusto y te doy licencia.

NACOR:

Dame las manos, señora,
por el favor con que animas
al alma que más te adora.

ARLAXA:

En poco, Nacor, te estimas,
pues te humillas tanto agora.
Eres jarife; levanta,
que verte a mis pies me espanta.
¿Qué dirá desto Mahoma?

NACOR:

Estos rendimientos toma
él por cosa buena y santa.
Queda en paz.

Vase NACOR

ARLAXA:

Vayas con ella,
que con el fin deste trance
le tendrá el de tu querella.

D. FERNANDO:
¡Echado ha el moro buen lance!

OROPESA:
Ella es falsa cuanto es bella.

ARLAXA:
Venid, que habemos de ir
los tres a ver combatir
a mis amantes valientes.

OROPESA:
Si nos vieren ir las gentes,
tarde nos verán venir.

Vanse y sale VOZMEDIANO, anciano, y Doña MARGARITA, en hábito de hombre

VOZMEDIANO:
¿Priesa por llegar a Orán,
y priesa por salir dél?
¡Muy bien nuestras cosas van!

MARGARITA:
Préciase Amor de crüel,
y tras uno da otro afán.

VOZMEDIANO:
Ya os he dicho, Margarita,
que su daño solicita
quien camina tras un ciego.

MARGARITA:
Ayo y señor, yo no niego
que esa razón es bendita;
pero, ¿qué puedo hacer,
si he echado la capa al toro
y no la puedo coger?

VOZMEDIANO:

Menos te la podrá un moro,
si bien lo miras, volver.

MARGARITA:
¿Que sea moro don Fernando?

VOZMEDIANO:
Así lo van pregonando
los niños por la ciudad.

MARGARITA:
¡Que haya hecho tal maldad!
¡De cólera estoy rabiando!
No lo creo, Vozmediano.

VOZMEDIANO:
Haces bien; pero yo veo
que ni moro ni cristiano
parece.

MARGARITA:
Verle deseo.

VOZMEDIANO:
Siempre tu deseo es vano.

MARGARITA:
Quiérello así mi ventura,
pero no será tan dura
que no dé fin a mis penas
con darme en estas arenas
berberisca sepultura.

VOZMEDIANO:
No dirás, señora, al menos,
que no te he dado consejos
de bondad y de honor llenos.

MARGARITA:
Los prudentes y los viejos
siempre dan consejos buenos:
pero no vee su bondad
la loca y temprana edad,
que en sí misma se embaraza,
ni cosa prudente traza
fuera de su voluntad.

[Sale] BUITRAGO con la demanda

BUITRAGO:

Vuestras mercedes me den
para las ánimas luego,
que les estará muy bien.

MARGARITA:

Si ellas arden en mi fuego...

VOZMEDIANO:

Pasito, Anastasio, ten:
no digas alguna cosa
malsonante, aunque curiosa.

MARGARITA:

Váyase, señor soldado,
que no tenemos trocado.

BUITRAGO:

¡La respuesta está donosa!
Denme, ¡pese a mis pecados!
(¡Siempre yo de aquesta guisa Aparte
medro con almidonados!)
Denme, que vengo de prisa,
y ellos están muy pausados.
¡Oh, qué novatos que están
de lo que se usa en Orán
en esto de las demandas!
Descoja sus manos blandas
y dé limosna, galán.
¿Qué me mira? Acabe ya:
eche mano, y no a la espada
que su tiempo se vendrá.

VOZMEDIANO:

La limosna que es rogada
más fácilmente se da
que la que se pide a fuerza.

BUITRAGO:

Ósase en aquesta fuerza
de Orán pedirse deste arte;

que son las almas de Marte,
y piden siempre con fuerza.
Nadie muere aquí en el lecho,
a almidones y almendradas,
a pistos y purgas hecho;
aquí se muere a estocadas
y a balazos roto el pecho.
Bajan las almas feroces,
tan furibundas y atroces,
que piden que acá se pida
para su pena afligida
a cuchilladas y a voces.
En fin: las almas de Orán,
que tienen comedimiento,
aunque en purgatorio están,
dicen que vuelva en sustento
la limosma que me dan.
A la parte voy con ellas,
remediando sus querellas
a fuerza de avemarías,
y mis hambrientas porfías
con lo que me dan para ellas.

VOZMEDIANO:

Hermano, yo no os entiendo,
y no hay limosma que os dar.

BUITRAGO:

¡De gana me voy riendo!
¿Y adónde se vino a hallar
el parentesco tremendo?
¿Hace burla en ver el traje,
entre pícaro y salvaje?
Pues sepa que este sayal
tiene encubierto algún al
que puede honrar un linaje.
El conde es éste, ¡qué pieza!;
que, cuando me da, le dan
mil vaguidos de cabeza.
Pobretas almas de Orán,
que estáis en vuestra estrechez,
rogad a Dios que me den,
porque si yo como bien,
rezaré más de un rosario,
y os haré un aniversario
por siempre jamás. Amén.

[Salen] el conde [don ALONSO], Don MARTÍN, el capitán GUZMÁN y NACOR

NACOR:

Digo, señor, que entregaré sin duda
la presa que he contado fácilmente
en el silencio de la noche muda
con muy poquito número de gente;
y, porque al hecho la verdad acuda,
las manos a un cordel daré obediente;
dejaréme llevar, siendo yo guía
que os muestre el aduar antes del día.
Y sólo quiero desta rica presa,
por quien mi industria y mi traición trabaja,
un cuerpo que a mi alma tiene presa:
quiero a la bella sin igual Arlaxa.
Por ella tengo tan infame empresa
por ilustre, por grande, y no por baja:
que, por reinar y por amor no hay culpa
que no tenga perdón y halle disculpa.
No siento ni descubro otro camino,
para ser posesor de aquesta mora,
que hacer este amoroso desatino,
puesto que en él crueldad y traición mora.
ámola por la fuerza del destino,
y, aunque mi alma su beldad adora,
quiérola cautivar para soltalla,
por si puedo moverla o obligalla.

D. ALONSO:

No estamos en sazón que nos permita
sacar de Orán un mínimo soldado;
que el cerco que se espera solicita
que ponga en otras cosas mi cuidado.

NACOR:

La vitoria en la palma traigo escrita;
en breves horas te daré acabado,
sin peligro, el negocio que he propuesto;
si presto vamos, volveremos presto.

D. ALONSO:

Esta tarde os daré, Nacor, respuesta;

esperad hasta entonces.

NACOR:
Soy contento.

Vase NACOR

D. MARTÍN:
Empresa rica y sin peligro es ésta,
si cierta fuese.

GUZMÁN:
Yo por tal la cuento:
hace la lengua al alma manifiesta.
Declarado ha Nacor su pensamiento
con tal demostración, con tal afecto,
que, si vamos, el saco me prometo.

D. MARTÍN:
Cubre el traidor sus malas intenciones
con rostro grave y ademán sincero,
y adorna su traición con las razones
de que se precia un pecho verdadero.
De un Sinón aprendieron mil Sinones,
y así, el que es general, al blando o fiero
razonar del contrario no se rinde,
sin que primero la intención deslinde.

D. ALONSO:
Hermano, así se hará; no tengáis miedo
que yo me arroje o precipite en nada.
¿Hicistes ya las treguas con Robledo,
y queda ante escribano confirmada?

D. MARTÍN:
Gran cólera tenéis, Guzmán.

GUZMÁN:
No puedo
tenerla en la ocasión más enfrenada.

D. ALONSO:
Podréis darle la rienda entre enemigos,
y es prudencia cogerla con amigos.

Pues, Buitrago, ¿qué hacemos?

BUITRAGO:

Aquí asisto,
procurando sacar de aqueste esparto
jugo de algún plus ultra, y no le he visto
siquiera de una tarja ni de un cuarto.
Así guardan la ley de Jesucristo
aquéstos como yo cuando estoy harto,
que no me acuerdo si hay cielo ni tierra;
sólo a mi vientre acudo y a la guerra.

MARGARITA:

Pide limosna en modo este soldado,
que parece que grita o que reniega,
y yo estoy en España acostumbrado
a darla a quien por Dios la pide y ruega.

BUITRAGO:

Quiérosela pedir arrodillado;
veré si la concede o si la niega.

VOZMEDIANO:

Ni tanto, ni tan poco.

BUITRAGO:

Soy cristiano.

MARGARITA:

¿Ya no le han dicho que no hay blanca, hermano?

BUITRAGO:

¿Hermano? ¡Lleve el diablo el parentesco
y el ladrón que le halló la vez primera!
Descosa, pese al mundo, ese grigüesco,
desgarre esa olorosa faltriquera.
De aquestas pinturitas a lo fresco,
¿qué se puede esperar?

VOZMEDIANO:

Ésa es manera
de hacer sacar la espada y no el dinero.

D. ALONSO:

Paso, Buitrago!

MARGARITA:

¡A fe de caballero!

D. MARTÍN:

No os enfadéis, galán, que deste modo
se pide la limosna en esta tierra;
todo es aquí braveza, es aquí todo
rigor y duros términos de guerra.

BUITRAGO:

Y yo, que a lo de Marte me acomodo,
y a lo de Dios es Cristo, doy por tierra
con todo el bodegón, si con floreos
responden a mis gustos y deseos.

D. MARTÍN:

En fin, ¿que aqueste galán
es de Jerez?

VOZMEDIANO:

Y de nombre,
de los buenos que allí están,
y hijo, señor, de un hombre
que en Francia fue capitán.
Quedó rico y con hacienda;
dejómele a mí por prenda
mi hermana, que fue su madre,
y yo quise que del padre
siguiese la honrada senda.
Supe el cerco que se espera,
y con su gusto le truje,
que sin él no le trajera,
y a esta dura le reduje
de su vida placentera;
que, en los grados de alabanza,
aunque pervierta la usanza
el adulator liviano,
no alcanza un gran cortesano
lo que un buen soldado alcanza.

D. ALONSO:

Así es verdad, y agradezco
venida de tales dos,
y a servíros la me ofrezco.

BUITRAGO:

¡Que no me darán por Dios
lo que por mí no merezco!
¡Voto a Cristóbal del Pino,
que si una vez me amohíno,
que han de ver quién es Callejas!
Busquen alivio a sus quejas,
almas, por otro camino.
Buscaréle yo también
para mi hambre insolente,
o me den, o no me den;
que nunca muere un valiente
de hambre.

D. MARTÍN:

Dices muy bien.

BUITRAGO:

No digo sino muy mal.
¿Es eso por excusarse
de no sacar un real?

D. ALONSO:

Vamos, que ya de enojarse
Buitrago nos da señal,
y no quiero que lo esté.

Vanse el conde [don ALONSO] y don MARTÍN

BUITRAGO:

Con aqueso comeré.
¡No fuera yo motilón,
o mozo de bodegón,
y no soldado!

MARGARITA:

¿Por qué?

BUITRAGO:

Yo me entiendo, so galán;
vaya y guarde su dinero.
¡Adiós, mi señor Guzmán!

[GUZMÁN]:

Guzmán No, no; convidaros quiero;
¡por vida del capitán!,
venid, Buitrago, conmigo.

BITRAGO:

En seguirte sé que sigo
a un Alejandro y a un Marte.

Vanse el capitán [GUZMÁN y
BITRAGO

MARGARITA:

Señor, llégate a esta parte,
que tengo que hablar contigo.
Resuelta estoy.

VOZMEDIANO:

En tu daño.

MARGARITA:

No me atajes; déjame
relatar mi mal estraño.

VOZMEDIANO:

¿Ya no sabes que lo sé,
por mi mal más ha de un año?

MARGARITA:

Dime, señor: ¿tú no sientes
que con nuevos accidentes
cada día amor me embiste?

VOZMEDIANO:

Y sé que no los resiste
tu alma, pues los consientes.

MARGARITA:

Déjate de aconsejarme,
y dame ayuda, si quieres;
que lo demás es matarme.

VOZMEDIANO:

Por quien soy y por quien eres,
siempre te oiré sin cansarme,

y siempre te ayudaré,
porque a ello me obligué
cuando de venir contigo
como ayo y como amigo
te di la palabra y fe.
Di, en fin, ¿qué piensas hacer?

MARGARITA:

Yo, por soldado a esta empresa,
con extraño parecer,
pues procuraré ser presa,
puesto que vaya a prender.
Procuraré ser cautiva;
que de la dura y esquiva
tormenta que siente el alma,
el sosiego, gusto y palma,
en disparates estriba.
Sabré ser cautiva de quien
me cautivó sin sabello,
pensando de hacerme bien;
daré al moro perro el cuello
porque a mi alma me den.
Que no es posible sea moro
quien guardó tanto el decoro
de cristiano caballero;
y si fuere esclavo, quiero
dar por él mil montes de oro.
De que los halle no dude
nadie: que el cielo al deseo
del aflicto siempre acude.

VOZMEDIANO:

El gran Dios dese deseo
impertinente te mude.

MARGARITA:

¿Habrá más de rescatarme,
dando tiempo al informarme
de lo que voy a saber?
Que en el mal de irme a perder
consiste el bien de ganarme.
Venid, señor Vozmediano;
negociaréis mi salida
con el escuadrón cristiano.

VOZMEDIANO:

¿Dónde quieres ir, perdida?

MARGARITA:

Aconsejarme es en vano.

VOZMEDIANO:

Yo haré con su señoría
que se oponga a tu partida.

MARGARITA:

Si esto me impedís, señor,
haré otro yerro mayor,
con que lloréis más de un día.
Echada está ya la suerte;
yo he de seguir mi destino,
aunque me lleve a la muerte.

VOZMEDIANO:

Del amor el desatino
cualquier bien en mal convierte.
¡En mal punto me encargué
de ti! ¡En mal punto dejé
la patria por tus antojos!

MARGARITA:

Tal vez, tras nubes de enojos,
de esperanza el sol se ve.

Vanse, y salen ARLAXA, ALIMUZEL,
OROPESA y Don FERNANDO.

ARLAXA:

¿Adónde está Alimuzel?
Oropesa, ¿dó te has ido?
Y mi Lozano, ¿qué es dél?
¡Cielo, escucha mi gemido;
no te me muestres crüel!

ALIMUZEL:

Bella Arlaxa, aquí me tienes.

ARLAXA:

Amigo, a buen tiempo vienes.

OROPESA:

¿Qué es lo que mandas, señora?

ARLAXA:

Vengas, amigo, en buen hora.

Lozano, ¿en qué te detienes?

D. FERNANDO:

Aquí estoy, señora mía.

¿Qué me mandas? Dilo, acaba.

ARLAXA:

¡Desdichada dicha mía!

ALIMUZEL:

¿Qué has, Arlaxa?

ARLAXA:

Yo soñaba

que esta noche, al alba fría,

daban sobre este aduar

cristianos, y, a mi pesar,

Nacor me llevaba presa,

y desperté con la presa

del asalto y del gritar;

y he venido a socorrerme

de vosotros con el miedo

que el sueño pudo ponerme,

y, aunque os veo, apenas puedo

sosegarme ni valerme.

Tengo a Nacor por traidor,

y no me deja el temor

fiar de vuestra lealtad.

ALIMUZEL:

No son los sueños verdad;

no tengas miedo, mi amor;

y si lo son, juzga y piensa

que a tu lado hallarás

quien no consienta tu ofensa.

ARLAXA:

Contra el hado es por demás

que valga humana defensa.

D. FERNANDO:

No te congojes, señora,
que si llegare la hora
de verte en aquese aprieto,
librarte dél te prometo
por el Dios que mi alma adora.
Si no quedase cristiano
en Orán, y aquí viniese
tan arrojado y ufano
que la vitoria tuviese
tan cierta como en la mano,
será esta mía bastante
para que el más arrogante
vuelva humilde y sin despojos.
Tiemple aquesto tus enojos,
no pase el miedo adelante,
que haré más de lo que digo;
y de que prometo poco,
mis obras serán testigo.

OROPESA:

O está don Fernando loco,
o es ya de Cristo enemigo.
Pelear contra cristianos
promete. Venid, hermanos,
que yo, con mejor conciencia,
pasaré la diligencia
a los pies, y no a las manos.

D. FERNANDO:

Alí, dame tú una espada
y un turbante, con que pueda
la cabeza estar guardada.

OROPESA:

Señora, ¿dónde se queda
tu condición arrojada?
Agora verás hender,
herir, matar y romper.
Deja venir al cristiano.

ARLAXA:

Es accidental y vano
tal deseo en la mujer,
y fácilmente se trueca;
y, antes que la espada, agora
tomaría ver la rueca.

ALIMUZEL:

El que te ofende, señora,
contra todo el mundo peca.
Ven, cristiano, a tomar armas.

OROPESA:

Mira contra quién te armas,
Lozano.

D. FERNANDO:

¡Calla, Oropesa!

OROPESA:

En armarte a tal empresa,
de tu valor te desarmas.

[Vanse] todos. Salen NACOR, atadas las manos atrás con un cordel, y tráenle BUITRAGO, el capitán GUZMÁN:, MARGARITA y otros soldados con sus arcabuces

NACOR:

Valeroso Guzmán, éste es, sin duda,
el vendido aduar, el paraíso
do está la gloria que mi alma busca.
Con la caballería, como es uso,
le puedes coronar a la redonda,
porque apenas se escape un solo moro.

GUZMÁN:

No tengo tanta gente para tanto.

NACOR:

Cerca, pues, por lo menos, esta parte,
que responde derecha a una montaña
que está cerca de aquí, donde, sin duda,
harán designio de acogerse cuantos
sobresaltados fueren esta noche.

GUZMÁN:

Dices muy bien.

NACOR:

Pues manda que me suelten,

porque vaya a buscar el grande premio
que pide la amorosa traición mía.

BUITRAGO:

Eso no, ¡vive Dios!, hasta que vea
cómo se entabla el juego, ¡so Mahoma!
Estése atraillado como galgo,
porque hasta ver las li[e]bres no le suelto.

NACOR:

Señor Guzmán, agravio se me hace.

GUZMÁN:

Buitrigo, suéltale, y a Dios; y embiste.

BUITRAGO:

Contra mi voluntad le suelto. Vaya.

NACOR:

Venid, que yo pondré la gente en orden,
de modo que no haya algún desorden.

Vanse, y queda sola MARGARITA

MARGARITA:

¡Pobre de mí! ¿Dónde quedo?
¿Adónde me trae la suerte,
confusa y llena de miedo?
¿Qué cosa haré con que acierte,
si ninguna cosa puedo?
¡Oh amoroso desvarío,
que ciegas el albedrío
y la razón tienes presa!
¿Qué sacaré desta empresa,
de quién temo y de quién fío?
Soy mariposa inocente
que, despreciando el sosiego,
simple y presurosamente
me voy entregando al fuego
de la llama más ardiente.
Estos pasos son testigos
que huyo de los amigos,
y, llena de ceguedad,
de mi propia voluntad

me entrego a los enemigos.

Suena dentro: "¡Arma, arma! ¡Santiago, cierra, cierra España, España!" Salga al teatro NACOR abrazado con ARLAXA, y, a su encuentro, BUITRAGO

BUITRAGO:

¡Por aqueste portillo se desagua
el aduar! ¡Soldados, aquí, amigos!
¡Tente, perro cargado; tente, galgo!

NACOR:

Amigo soy, señor.

BUITRAGO:

¡No es éste tiempo
para estas amistades! ¡Tente, perro!

NACOR:

¡Muerto soy, por Alá!

BUITRAGO:

¡Por San Benito,
que he pasado a Nacor de parte a parte,
y que ésta debe ser su amada ingrata!

ARLAXA:

Cristiano, yo me rindo; no ensangrientes
tu espada en mujeril sangre mezquina.
Llévame do quisieres.

Sale ALI[MUZEL]

ALIMUZEL:

La voz oigo
de Arlaxa bella, que socorro pide.
¡Ah perro, suelta!....

BUITRAGO:

¡Suéltala tú, podenco sin provecho!
¿No hay quien me ayude aquí?

ARLAXA:

Mientras pelean

aquestos dos, podrá ser escaparme,
si acaso acierto de tomar la parte
que lleva a la montaña.

MARGARITA:

Si me guías,
seré tu esclavo, tu defensa y guarda
hasta ponerte en ella. Ven, señora.

Va[n]se ARLAXA y MARGARITA. Sale[n] Don FERNANDO
Y GUZMÁN

BUITRAGO:

¡ánimas de purgatorio,
favorecedme, señoras,
que mi peligro es notorio,
si ya no estáis a estas horas
durmiendo en el dormitorio!
De vuestro divino aliento
con mayor fuerza me siento.
¡Perro, el huir no te cale!
¡Ahora verán si vale
Buitrago, por más de ciento!

[Vanse] ALI[MUZEL], y BUITRAGO tras él

GUZMÁN:

¡O eres diablo, o no eres hombre!
¿Quién te dio tal fuerza, perro?

D. FERNANDO:

No os admire ni os asombre,
Guzmán, que haga este yerro
quien respeta vuestro nombre.

GUZMÁN:

¿Sois, a dicha, don Fernando?

D. FERNANDO:

El mismo que estáis mirando,
aunque no me veis, amigo.

GUZMÁN:
¿Sois ya de Cristo enemigo?

D. FERNANDO:
Ni de veras, ni burlando.

GUZMÁN:
Pues, ¿cómo sacas la espada
contra él?

D. FERNANDO:
Vendrá sazón
más llana y acomodada,
en que te dé relación
de mi pretensión honrada.
Cristiano soy, no lo dudes.

GUZMÁN:
¿Por qué a defender acudes
este aduar?

D. FERNANDO:
Porque encierra
la paz que causa esta guerra,
la salud de mis saludes.
Dos prendas has de dejar,
y carga, amigo, con todo
cuanto hay en este aduar.

GUZMÁN:
A tu gusto me acomodo,
no quiero más preguntar;
pero, porque no se diga
que tengo contigo liga,
tú, pues bastas, lo defiende.

Vase GUZMÁN, y vuelven BUITRAGO y
ALIMUZEL

BUITRAGO:
En vano, moro, pretende
tu miedo que no te siga,
que tengo para ofenderte
dos manos y dos mil almas,

que a mis pies han de ponerte.

D. FERNANDO:

Otros despojos y palmas
puedes, amigo, ofrecerte,
que éste no.

ALIMUZEL:

Deja, Lozano,
que este valiente cristiano
en grande aprieto me ha puesto.

D. FERNANDO:

Ve tú a socorrer el resto,
y éste déjale en mi mano,
que yo daré cuenta dél.

ARLAXA:

¡Lozano, que voy cautiva! Dentro
¡Que voy cautiva, Muzel!

ALIMUZEL:

¡Fortuna, a mi suerte esquiva,
cielo envidioso y crüel,
ejecutad vuestra rabia
en mi vida, si os agravia;
dejad libre la de aquélla,
que os podéis honrar con ella
por hermosa, honesta y sabia!

Sale[n] ARLAXA, defendiéndola MARGARITA del capitán
GUZMÁN y de otros tres soldados

D. FERNANDO:

¡Todos sois pocos soldados!

GUZMÁN

Ésta es la mora en quien tiene
don Fernando sus cuidados;
dejársela me conviene.

Vase [GUZMÁN]

BUITRAGO:

Aquí hay moros encantados
o cristianos fementidos,
que ha llegado a mis oídos,
creo, el nombre de Lozano.

D. FERNANDO:

Vuestro trabajo es en vano,
cristianos mal advertidos,
que esta mora no ha de ir presa;
entrad en el aduar,
y hallaréis más rica presa.

BUITRAGO:

¡Désta irás a señalar,
perro, el tanto de tu fuesa!

ALIMUZEL:

¡Muerto soy; Alá me ayude!

ARLAXA:

¡Acude, Lozano, acude,
que han muerto a tu grande amigo!

Cae ALI[MUZEL] dentro, y [vase] ARLAXA tras
él

D. FERNANDO:

Vengaréle en su enemigo,
aunque de intención me mude.
¡No te retires, aguarda!

BUITRAGO:

¿Yo retirar? ¡Bueno es eso!
Si tuviera una alabarda,
le partiera hasta el güeso.
¡Oh, cómo el perro se guarda!

D. FERNANDO:

Éste que va a dar el pago
de tus bravatas, Buitrago,
mejor cristiano es que tú.

BUITRAGO:

¡Que te valga Bercebú,
y a mí Dios y Santiago!
Di quién eres, que, sonando
el eco, me trae con miedo
la habla de don Fernando.

D. FERNANDO:

El mismo soy.

BUITRAGO:

¡Oh Robledo,
verdadero y memorando,
y cuánta verdad dijiste!
Sin razón le desmentiste,
Guzmán atrevido y fuerte.
Yo quiero huir de la muerte
que en esas manos asiste.

D. FERNANDO:

¿Cómo, di, tú no peleas,
te retiras o te vas,
antes que tu prisión veas?

MARGARITA:

¡Extraños consejos das
a quien la muerte deseas!
Mas no puedo retirarme
ni pelear, y he de darme
de cansado a moras manos,
que se van ya los cristianos,
y tú no querrás dejarme.

[GUZMÁN]:

¡Al retirar, cristianos! ¡Toca, Robles! Dentro
¡A retirar, a retirar, amigos!
No se quede ninguno, y los cansados
a las ancas los suban los jinetes,
y en la mitad del escuadrón recojan
la presa. ¡Al retirar, que viene el día!

D. FERNANDO:

Yo te pondré en las ancas de un caballo
de los tuyos, amigo; no desmayes.

MARGARITA:

Mayor merced me harás si aquí me dejas.

D. FERNANDO:

¿Quieres quedar cautivo por tu gusto?

MARGARITA:

Quizá mi libertad consiste en eso.

D. FERNANDO:

¿Hay otros don Fernandos en el mundo?

Demos lugar que los cristianos pasen;

retiraos a esta parte.

MARGARITA:

Yo no puedo.

D. FERNANDO:

Dadme la mano, pues.

MARGARITA:

De buena gana.

D. FERNANDO:

¡Jesús, y qué desmayo!

MARGARITA:

Gentilhombre,

¿lleváisme a los cristianos, o a los moros?

D. FERNANDO:

A los moros os llevo.

MARGARITA:

No querría

que fuédeses cristiano y me engañásedes.

D. FERNANDO:

Cristiano soy; pero, ¡por Dios!, que os llevo

a entregar a los moros.

MARGARITA:

¡Dios lo haga!

D. FERNANDO:

De novedades anda el mundo lleno.

¿Estáis herido acaso?

MARGARITA:
No. Estoy bueno.

Vanse. Sale OROPESA, cargado de despojos

OROPESA:
No, sino estaos atenido
a los consejos de un loco,
enamorado y perdido.
Mucho llevo en esto poco;
voy libre y enriquecido.
Ya en mi libertad contemplo
un nuevo y estraño ejemplo
de los casos de fortuna,
y adornarán la coluna
mis cadenas de algún templo.

Salen el conde [don ALONSO] y Don MARTÍN y BAIRÁN,
el renegado

BAIRÁN:
Digo, señor, que la venida es cierta,
y que este mar verás y esta ribera,
él de bajeles lleno, ella cubierta
de gente innumerable y vocinglera.
De Barbarroja el hijo se concierta
con Alabez y el Cuco, de manera
que en su favor más moros dan y ofrecen
que en clara noche estrellas se parecen.
Los turcos son seis mil, y los leventes
siete mil, toda gente vencedora;
veinte y seis las galeras, suficientes
a traer municiones de hora en hora.
Andan en pareceres diferentes
sobre cuál destas plazas se mejora
en fortaleza y sitio, y creo se ordena
de dar a San Miguel la buena estrena.
Esto es, señor, lo que hay del campo moro,
y en Argel el armada queda a punto,
y Azán, el rey, guardando su decoro,
que es diligente, la traerá aquí al punto.

D. ALONSO:

De sus designios poco o nada ignoro,
mas, por tu relación cuerda, barrunto
que a San Miguel el bárbaro amenaza,
como más flaca, aunque importante plaza.
Pero, puesto le tengo en tal reparo,
tales soldados dentro dél he puesto,
que al bárbaro el ganarle será caro,
muy más que en su designio trae propuesto.
Idos a reposar, mi amigo caro,
y el agradecimiento y paga desto
esperadla de mí, con la ventaja
que aquel merece que cual vos trabaja.

Vase BAIRÁN

¿No tarda ya Guzmán?

D. MARTÍN:

Las centinelas
le han descubierto ya.

D. ALONSO:

Venga en buen hora.

D. MARTÍN:

Su premio habrá Nacor de sus cautelas
cobrado, su adorada ingrata mora.
¡Amor, como otro Marte nos desvelas;
furia y rigor en tus entrañas mora;
hasta las religiosas almas dañas,
y fundas en traiciones tus hazañas!

[Salen] el capitán GUZMÁN, OROPESA, BUITRAGO,
VOZMEDIANO y otros soldados

GUZMÁN

Tus manos pido, y de las mías toma,
o, por mejor decir, de tus soldados,
amorosos despojos de Mahoma.
Volvemos, como fuimos, alentados,

mejorados en honra y buena fama,
y en ropa y en esclavos mejorados.
Nacor no trae a su hermosa dama;
que Buitrago apagó con fuerte acero
del moro infame la amorosa llama.

BUITRAGO:

Paséle, por la fe de caballero,
por entrambas ijadas, ignorando
que fuese el que el aviso dio primero;
y si no lo estorbara don Fernando,
diera con más de dos patas arriba,
que con él se me fueron escapando.

D. ALONSO:

¿Que, en fin, se volvió moro?

OROPESA:

No se escriba,
se diga o piense tal de quien su intento
en ser honrado y valeroso estriba.
Yo sé de don Fernando el pensamiento,
y sé que presto volverá a servirte
con las veras que ofrece su ardimiento.

GUZMÁN

Que él es cristiano sé, señor, decirte;
que él se nombró conmigo combatiendo.

D. MARTÍN:

¿Y procuraba, por ventura, herirte?

GUZMÁN:

Con tiento pareció que iba esgrimiendo,
y palabras me dijo en el combate
por quien fui sus designios conociendo.

D. MARTÍN:

Deste caso, señores, no se trate;
ya, por lo menos, ha caído en culpa,
y no hay disculpa a tanto disparate.

D. ALONSO:

Salió sin mi licencia: ya le culpa,
y más el escalar de la muralla,
insulto que jamás tendrá disculpa.

GUZMÁN

Precipitóle honor: vistió la malla
por conservar su crédito famoso;
huyóle el moro; fue a buscar batalla.

D. MARTÍN:

¡Por cierto, oh buen Guzmán, que estáis donoso!
Pues, ¿cómo no se ha vuelto, o cómo muestra
contra cristianos ánimo brioso?

OROPESA:

Él dará presto de su intento muestra,
sacando, en gloria de la ley cristiana,
a luz la fuerza de su honrada diestra.

D. ALONSO:

Venid; repartiré de buena gana
lo que deste despojo a todos toca;
que el gusto crece lo que así se gana.

Vanse, y queda[N] BUITRAGO y VOZMEDIANO

VOZMEDIANO:

¡Válgame Dios, si se quedó la loca,
si se quedó la sin ventura y triste,
que así su suerte y su valor apoca!
Dime, señor, si por ventura viste
aquel soldado que partió conmigo
cuando a la empresa do has venido fuiste;
aquel bisoño manicorto, digo,
que no te quiso dar limosna un día,
y habrá hasta seis que vino aquí conmigo.

BUITRAGO:

¿No es aquel del entono y bizarría,
de las plumas volantes y del rizo,
que me habló con remoques y acedías?

VOZMEDIANO:

Aquese mismo.

BUITRAGO:

No sé qué se hizo.

Vase [BUIRAGO]

VOZMEDIANO:

¿Adónde estarás agora,
moza por tus pies llevada
do toda miseria mora,
de mandar a ser mandada,
esclava de ser señora?
¿Que es posible que un deseo
incite a tal devaneo?
Y éste es, en fin, de tal ser,
que no lo puedo creer,
y con los ojos lo veo.

[Vase.] Sale[n] ARLAXA, Don FERNANDO y MARGARITA

D. FERNANDO:

Para ser mozo y galán
y al parecer bien nacido,
muchos desmayos os dan:
señal de que habéis comido
mucho liebre y poco pan.
Quien se rinde a su enemigo,
en sí presenta testigo
de que es cobarde.

MARGARITA:

Es verdad,
pero trae mi poca edad
grande disculpa consigo.
El que mis cuitas no siente,
hará de mi miedo alarde,
pero yo sé claramente
que hice más en ser cobarde
que no hiciera en ser valiente.
¡Desdichada de la vida
a términos reducida
que busca con ceguedad
en la prisión libertad
y a lo imposible salida!

ARLAXA:

¿Qué sabes si este soldado,
cual tú, tiene aquella queja
de valiente mal pagado?

D. FERNANDO:

Fácil conocer se deja
que le aflige otro cuidado;
que sus años, cual él muestra,
no habrán podido dar muestra,
por ser pocos, de los hechos
que, por ser mal satisfechos,
muestran voluntad siniestra.
Y el ofrecerle caballo
para que volviese a Orán,
y el no querer acetallo,
unas sospechas me dan
que por su honra las callo.
Quizá la vida le enfada
soldadesca y desgarrada,
y como el vicio le doma,
viene tras la de Mahoma,
que es más ancha y regalada.

MARGARITA:

En mi edad, aunque está en flor,
he alcanzado y conocido
que no hay mal de tal rigor
que llegue al verse ofendido,
el que es honrado, en su honor.
Y más si culpa no tiene;
que cuando la infamia viene
a quien la busca y procura,
es menor la desventura
que la deshonra contiene.
Y así, me será forzoso
para huir la infamia y mengua
de mal cristiano y medroso,
que os descubra aquí mi lengua
lo que apenas pensar oso.
Si gustáis de estarme atentos,
veréis que paran los vientos
su veloz curso a escucharme,
y veréis que fue el quedarme
honra de mis pensamientos.

[Sale] ALIMUZEL

ALIMUZEL:

El remedio que aplicaste,
bella Arlaxa, de tu mano,
fue tal, que en él te mostraste
ser un ángel soberano
que a la vida me tornaste.
Conságotela dos veces:
una porque la mereces,
y la otra te consagro
por el extraño milagro
con que tu fama engrandeces.

ARLAXA:

Sosíégate y no me alabes,
que el médico ha sido Alá
de tus heridas tan graves.
Comienza, cristiano, ya
la historia que alegre acabes.

MARGARITA:

Sí haré; más tú verás,
en el cuento que me oirás,
que no dan los duros hados
a principios desdichados
alegres fines jamás.

Nací en un lugar famoso,
de los mejores de España,
de padres que fueron ricos
y de antigua y noble casta;
los cuales, como prudentes,
apenas mi edad temprana
dio muestras de entendimiento,
cuando me encierran y guardan
en un santo monesterio
de la virgen Santa Clara;
¡que soy mujer sin ventura,
que soy mujer desdichada!

ARLAXA:

¡Santo Alá! ¿Qué es lo que dices?

MARGARITA:

¿Desto poquito te espantas?
Ten silencio, hermosa mora,
hasta el fin de mis desgracias;
que, aunque ellas jamás le tengan,
yo me animaré a contallas,
si es posible, en breve espacio
y con sucintas palabras.
No me encerraron mis padres
sino para la crianza,
y fue su intención que fuese,
no monja, sino casada.
Faltáronme antes de tiempo;
que la inexorable Parca
cortó el hilo de sus vidas
para añadirle a mis ansias.
Quedé con sólo un hermano,
de condición tan bizarra,
que parece que en él solo
hizo asiento la arrogancia.
Llegó la edad de casarme;
hiciéronle mil demandas
de mí; no acudió a ninguna,
fundándose en leves causas;
y, entre los que me pidieron,
fue uno que con la espada
satisfizo a la respuesta,
según se la dieron mala.

(Suenan dentro atambores)

ALIMUZEL:

Escucha, que oigo clarines,
oigo trompetas y cajas;
algún escuadrón es éste
de turcos que hacia Orán marcha.

[Sale un MORO]

MORO:

Si lo que dejó el cristiano
no quieres, hermosa Arlaxa,

no lo acaben de talar
diez escuadrones que pasan,
ven, señora, a defenderlo;
que con tu presencia, Arlaxa,
pararás al sol su curso
y suspenderás las armas.

ALIMUZEL:

Bien dice, señora; vamos,
que lugar habrá mañana
para oír si aquesta historia
en fin triste o alegre acaba.

ARLAXA:

Vamos, pues; y vos, hermosa
y lastimada cristiana,
no os pene si a vuestras penas
el oíllas se dilata.

Vanse ARLAXA y ALI[MUZEL] tras ella, y MARGARITA
a lo último, y Don FERNANDO, tras ella, y dicen antes

MARGARITA:

Como no tengo, señora,
ningún alivio en contarlas,
tengo a ventura el estorbo
que de tal silencio es causa.

D. FERNANDO: ¡Válgame Dios, qué sospechas
me van encendiendo el alma!

Muchas cosas imagino,
y todas me sobresaltan.
Desesperado esperando
he de estar hasta mañana,
o hasta el punto que el fin sepa
de la historia comenzada.

TERCERA JORNADA

Salen los Reyes del CUCO y ALABEZ, don FERNANDO, de moro;
ALIMUZEL, ARLAXA y MARGARITA

CUCO:

Hermosísima Arlaxa: tu belleza
puede volver del mismo Marte airado
en mansedumbre su mayor braveza,
y dar leyes al mundo alborotado.

ALABEZ:

Puedes, con tu estremada gentileza,
suspender los extremos del cuidado
que amor pone en el alma que cautiva,
y hacer que en gloria sosegada viva.

CUCO:

Puede la luz desos serenos ojos
prestarla al sol, y hacerle más hermoso;
puede colmar el carro de despojos
del dios antojadizo y riguroso.

ALABEZ:

Puede templar la ira, los enojos
del amante olvidado y del celoso;
puedes, en fin, parar, sin duda alguna,
el curso volador de la Fortuna.

ARLAXA:

Nace de vuestra rara cortesía
la sin par que me dais dulce alabanza,
porque no llega la bajeza mía
adonde su pequeña parte alcanza.
Tendré por felicísimo este día,
pues en él toma fuerzas mi esperanza
de ver mis aduares mejorados,
viendo a sus robadores castigados.
Cien canastos de pan blanco apurado,
con treinta orzas de miel aún no tocada,
y del menudo y más gordo ganado
casi os ofrezco entera una manada;
dulce lebeni en zaques encerrado,
agrio yagurt. Y todo aquesto es nada
si mi deseo no tomáis en cuenta,
que en su virtud la dádiva se aumenta.

CUCO:

Admitimos tu oferta, y prometemos
de vengarte de aquel que te ha ofendido;

que, en fe de haberte visto, bien podemos
mostrar el corazón algo atrevido.

ALABEZ:

Arlaxa, queda en paz, porque tenemos
el tiempo limitado y encogido.

ARLAXA:

Viváis alegres siglos y infinitos,
reyes del Cuco y Alabez invites.

Vanse los reyes

Vuelve a seguir tu comenzada historia,
cristiana, sin que dejes cosa alguna
que puedas reducir a la memoria
de tu adversa o tu próspera fortuna.

MARGARITA:

Pasadas penas en presente gloria
el contarlas la lengua no repugna;
mas si el mal está en ser que se padece,
al contarle, la lengua se enmudece.

Quedé, si mal no me acuerdo,
en una mala respuesta
que dio mi bizarro hermano
a un caballero de prendas,
el cual, por satisfacerse,
muy malherido le deja.
Ausentóse y fuese a Italia,
según después tuve nuevas.
Tardó mi hermano en sanar
mucho tiempo, y no se acuerda
en mucho más de su hermana,
como si ya muerta fuera.
Vi que volaban los tiempos,
y que encerraban las rejas
el cuerpo, mas no el deseo,
que es libre y muy mal se encierra.
Vi que mi hermano aspiraba,
codicioso de mi hacienda,
a dejarme entre paredes,
medio viva y medio muerta.

Quise casarme yo misma;
mas no supe en qué manera
ni con quién; que pocos años
en pocos casos aciertan.
Dejóme un viejo mi padre,
hidalgo y de intención buena,
con el cual me aconsejase
en mis burlas y en mis veras.
Comuniquéle mi intento;
respondióme que él quisiera
que el caballero que tuvo
con mi hermano la pendencia,
fuera aquel que me alcanzara
por su legítima prenda,
porque eran tales las suyas,
que por extremo se cuentan.
Pintómele tan galán,
tan gallardo en paz y en guerra,
que en relación vi a un Adonis,
y a otro Marte vi en la Tierra.
Dijo que su discreción
igualaba con sus fuerzas,
puesto que valiente y sabio
pocas veces se conciertan.
Estaba yo a sus loores
tan descuidada y atenta,
que tomó el pincel la fama,
y en el alma las asienta;
y amor, que por los oídos
pocas veces dicen que entra,
se entró entonces hasta el alma
con blanda y honrada fuerza;
y fue de tanta eficacia
la relación verdadera,
que adoré lo que los ojos
no vieron ni ver esperan;
que, rendida a la inclemencia
de un antojo honrado y simple,
mudé traje y mudé tierra.
A mi sabio consejero
fuerzo a que conmigo venga;
que ánimo determinado,
de imposibles no hace cuenta.

ARLAXA:

No te suspendas; prosigue

tu bien comenzado cuento,
que ninguna cosa siento
en él que a gusto no obligue,
y aun a pesar.

D. FERNANDO:

(Y es de modo, Aparte
según que voy discurriendo,
que al alma va suspendiendo
con la parte y con el todo.)

MARGARITA:

Enamorada de oídas
del caballero que dije,
me salí del monesterio,
y en traje de hombre vestíme.
Dejé el hermano y la patria,
y, entre alegre y entre triste,
con mi consejero anciano
a la bella Italia vine.
De la mitad de mi alma,
para que yo más le estime,
supe allí que en estacada
venció a tres, y quedó libre,
y que la parlera fama,
que más de lo que oye dice,
le trujo a encerrar a Orán,
que espera el cerco terrible.
En alas de mi deseo,
desde Nápoles partíme;
llegué a Orán, facilitando
cualquier dudoso imposible,
y, apenas pisé su arena,
cuando alborotada fuime
a saber, sin preguntallo,
de quien me tiene tan triste.
Dél supe, y pluguiera al cielo,
que consuela a los que aflige,
que nunca yo lo supiera.

D. FERNANDO:

Di presto lo que supiste.

MARGARITA:

Supe que a volverse moro,
cosa, a pensarla, imposible,

dejó los muros de Orán,
y que en vuestra secta vive.
Yo, por no vivir muriendo
entre sospechas tan tristes,
a truco de ser cautiva,
todo el hecho saber quise;
y así, arrojada y ansiosa,
entre los cristianos vine,
de quien fue Nacor la guía,
que los trujo a lo que vistas.
Ya me quedé, y soy cautiva,
y ya os pregunto si vistas
a este cristiano que busco,
o a este moro que acogistes.
Llamábase don Fernando
de Saavedra, de insignes
costumbres y claro nombre,
como su fama lo dice.
Por él y por mi rescate,
si dél sabéis, se apercibe
mi lengua a ofreceros tanto,
que pase de lo posible.
Ésta es mi historia, señores;
nunca alegre, siempre triste;
si os he cansado en contalla,
lo que me mandastes hice.

ARLAXA:

Cristiana, de tu dolor
casi siento la mitad;
que tal vez curiosidad
fatiga como el amor.
Y al que te enciende en la llama
de amor con tantos extremos,
como tú, le conocemos
solamente por la fama.

ALIMUZEL:

¿Debajo de cuál estrella
ese cristiano ha nacido,
que aun de quien no es conocido
los deseos atropella?
Ese amigo por quien lloras,
y en quien pones tus tesoros,
las vidas quita a los moros,
y las almas a las moras.

D. FERNANDO:

Que no es moro está en razón;
que no muda un bien nacido,
por más que se vea ofendido,
por otra su religión.

Puede ser que a ese español,
que agora tanto se encubre,
alguna causa le encubre,
como alguna nube al sol.

Mas dime: ¿quién te asegura
que, después de haberle visto,
quede en tu pecho bienquisto?

Que engendra amor la hermosura,
y si él carece della,
como imagino y aun creo,
faltando causa, el deseo
faltará, faltando en ella.

MARGARITA:

La fama de su cordura
y valor es la que ha hecho
la herida dentro del pecho:
no del rostro la hermosura;
que ésa es prenda que la quita
el tiempo breve y ligero,
flor que se muestra en enero,
que a la sombra se marchita.
Ansí que, aunque en él hallase
no el rostro y la lozanía
que pinté en mi fantasía,
no hay pensar que no le amase.

D. FERNANDO:

Con esa seguridad,
presto me ofrezco mostrarte
al que puede asegurarte
el gusto y la libertad.

Muda ese traje indecente,
que en parte tu ser desdora,
y vístete en el de mora,
que la ocasión lo consiente;
y con Arlaxa y Muzel
los muros de Orán veremos,
donde, sin duda, hallaremos
tu piadoso o tu crüel;

que no es posible dejar
de hallarse en aquesta guerra,
si no le ha hundido la tierra
o le ha sorbido la mar.
Alimuzen, no te tardes;
ven, y mira que es razón;
que en semejante ocasión
no es bien parecer cobarde[s].

ALIMUZEL:
Haz cuenta que a punto estoy.

ARLAXA:
A mí nada me detiene.

MARGARITA:
Ya veis si a mí me conviene
seguiros.

D. FERNANDO:
Pues pase hoy;
y mañana, cuando dan
las aves el alborada,
demos a nuestra jornada
principio y al fin de Orán.
¿Queda así?

ALIMUZEL:
No hay que dudar.

ARLAXA:
¿Cómo te llamas, señora?

MARGARITA:
Margarita; mar do mora[n]
gustos que me han de amargar.

ARLAXA:
Ven, que el amor favorece
siempre a honestos pensamientos.

D. FERNANDO:
(¡Qué atropellados contentos [Aparte]
la ventura aquí me ofrece!)

[Vanse] todos. Sale BUITRAGO, solo, a la muralla

[BUITRAGO]:

¡Arma, arma, señor, con toda priesa!;
porque en el charco azul columbro y veo
pintados leños de una armada gruesa
hacer un medio círculo y rodeo;
el viento el remo impele, el lienzo atesa;
el mar tranquilo ayuda a su deseo.
Arma, pues, que en un vuelo se avecina,
y viene a tomar tierra a la marina.

A la muralla, el Conde [don ALONSO]
Y GUZMÁN

D. ALONSO:

Turcos cubren el mar, moros la tierra;
don Fernando de Cárcamo al momento
a San Miguel defienda, y a la guerra
se dé principio con furor sangriento.
Mi hermano, que en Almarza ya se encierra,
mostrará de quién es el bravo intento;
que este perro, que nunca otra vez ladre,
es el que en Mostagán mordió a su padre.

GUZMÁN:

Mal puedes defenderle la ribera.

D. ALONSO:

No hay para qué, si todo el campo cubre
del Cuco y Alabez la gente fiera,
tanta, que hace horizonte lo que encubre,
y los que van poblando la ladera
de aquel cerro empinado que descubre
y mira esento nuestros prados secos,
son los moros de Fez y de Marruecos.
Coronen las murallas los soldados,
y reitérese el arma en toda parte;
estén los artilleros alistados,
y usen certeros de su industria y arte;
los a cosas diversas diputados
acudan a su oficio, y dese a Marte
el que a Venus se daba, y haga cosas

que sean increíbles de espantosas.

[Vanse] de la muralla el Conde [don ALONSO]
y GUZMÁN

BUITRAGO:

Ánimas, si queréis que al ejercicio
vuelva de mis plegarias y rosario,
pedid que me haga el cielo beneficio
que siquiera no falte el ordinario;
que, aunque de Marte el trabajoso oficio
en mi estómago pide extraordinario,
con diez hogazas que me envíe, sienta
que a seis bravos soldados alimenta.

[Vase], y suenan chirimías y cajas. [Salen] AZÁN
Bajá y BAIRÁN con [los] rey[es] del CUCO y ALABEZ

BAIRÁN:

Don Francisco, el hermano del valiente
don Juan, que naufragó en la Herradura,
apercibe gran número de gente,
y socorrer a esta ciudad procura.
Don álvaro Bazán, otro excelente
caballero famoso y de ventura,
tiene cuatro galeras a su cargo,
y éste ha de ser de tu designio embargo.

AZÁN:

Su arena piso ya; de Orán colijo
no aquella lozanía que dijiste:
sólo por tocar arma ya me aflijo,
y ver quién será aquel que me resiste.

ALABEZ:

Quien al padre venció vencerá al hijo.
No hay que esperar, ¡oh grande Azán!, embiste;
que el tiempo que te tardas, ése quitas
a tus vitorias raras e infinitas.

[Salen] a esta sazón ARLAXA y MARGARITA, en hábito de mor[a]; Don FERNANDO como moro, y ALIMUZEL

CUCO:

Tienes presente, ¡oh rey Azán!, la gloria de la ´frica y la flor de Berbería; un ángel es que anuncia tu vitoria, que el cielo, donde él vive, te le envía.

AZÁN:

Tendré yo para siempre en la memoria esta merced, ¡oh gran señora mía!, bella y sin par Arlaxa, en cuanto el cielo pudo de bien comunicar al suelo. ¿Qué buscas entre el áspero ruido del cóncavo metal, que, el aire hiriendo, no ha de llevar a tu sabroso oído de Apolo el son, mas el de Marte horrendo?

ARLAXA:

El tantarán del atabal herido, el bullicio de guerra y el estruendo de gruesa y disparada artillería es para mí süave melodía. Cuanto más, que yo vengo a ser testigo de tus raras hazañas y excelentes, y a servirte estos dos truje conmigo, que cuanto son gallardos son valientes.

AZÁN:

De agradecer tanta merced me obligo cuando corran los tiempos diferentes de aquéstos, porque el fruto de la guerra en la paz felicísima se encierra.

ROAMA:

El bergantín que de la Vez se llama cautivaron anoche tus fragatas; y éste, que es un don Juan de Valderrama, venía en él.

AZÁN:

¿Por qué no le desatas?

Como entra el cautivo, se cubre MARGARITA el rostro con un velo

ALABEZ:

¿Cómo sabes su nombre tú, Roama?

ROAMA:

Él me lo ha dicho así.

AZÁN:

Pues mal le tratas;
si es caballero, suéltale las manos.

D. JUAN:

¿Qué es lo que veo, cielos soberanos?

Mira a Don FERNANDO

AZÁN:

¿De qué tierra eres, cristiano?

D. JUAN:

De Jerez de la Frontera.

AZÁN:

¿Eres hidalgo o villano?

ALABEZ:

Vestir de aquella manera
los villanos no es muy llano.

D. JUAN:

Caballero soy.

AZÁN:

¿Y rico?

D. JUAN:

Eso no; pues que me aplico
a ser soldado, señal
que de bienes me va mal;
y esto os juro y certifico.

ALABEZ:

De cristianos juramentos
está preñada la tierra,
lleno el mar, densos los vientos.

AZÁN:

¿Y venías...?

D. JUAN:

A la guerra.

AZÁN:

¡Honrados son tus intentos!

MARGARITA:

¡Éste es mi hermano, señora!

ARLAXA:

Disimula como mora,
y cúbrete el rostro más.
Cuco ¡Buena guerra agora harás!

D. JUAN:

¿Y cómo la hago agora?

AZÁN:

¿Qué nuevas hay en España?

D. JUAN:

No más de la desta guerra,
y que ya estás en campaña.

AZÁN:

Dirán que mi intento yerra
en emprender tal hazaña;
el socorro aprestarán,
el mundo amenazarán,
y, estándole amenazando,
llegarán a tiempo cuando
yo esté en sosiego en Orán.
Preséntote este cristiano,
Arlaxa, como en indicio
de lo que en servirte gano;
y acepta el primer servicio
que recibes de mi mano;

que otros pienso de hacerte
con que mejores la suerte
de tu aduar saqueado.

ARLAXA:

Tenga el grande Alá cuidado,
grande Azán, de engrandecerte.

[ALABEZ]:

Azán Vamos, que Marte nos llama
a ejercitar el rigor
que enciende tu ardiente llama.

ARLAXA:

Mahoma te dé favor
que aumente tu buena fama.

Ven, cristiano, y darme has cuenta
de quién eres.

[Vanse] todos, excepto Don JUAN y Don FERNANDO

D. JUAN:

¡No consienta
el cielo que éste sea aquel
que, enamorado y crüel,
pudo hacerme honrada afrenta!

D. FERNANDO:

Escucha, cristiano, espera.

D. JUAN:

Ya espero, ya escucho, y veo
lo que nunca ver quisiera,
si me pinta aquí el deseo
esta visión verdadera.

D. FERNANDO:

¿Qué murmuras entre dientes?

D. JUAN:

¿Qué me quieres?

D. FERNANDO:

Que me cuentes
quién eres.

D. JUAN:
Pues, ¿qué te importa?

D. FERNANDO:
Hacer tu desgracia corta.

D. JUAN:
(¡Podrá ser que me la aumentes! Aparte
Muestran que no es opinión
los sobresaltos que paso,
mas cosa puesta en razón,
que, sin duda, hace caso
tal vez la imaginación,
pues pienso que estoy mirando
el rostro de don Fernando,
su habla, su talle y brío;
pero que esto es desvarío
su traje me va mostrando.)

D. FERNANDO:
¿Todo ha de ser murmurar,
cristiano?

D. JUAN:
Perdona, moro,
que no me dejan guardar
el cortesano decoro
las ansias de mi pesar.
Y más, que tú me enmudeces;
porque tanto te pareces
a un cristiano, que me admiro,
que le veo si te miro,
y él mismo en ti mismo ofreces.

D. FERNANDO:
En Orán hay un cristiano
que dicen que me parece
como esta mano a esta mano,
y que si acaso se ofrece
vestir hábito africano,
ningún moro hay que le vea
que no diga que yo sea,
y juzgue con evidencia

que sólo nos diferencia
su vestido y mi librea.
No le he visto y voy trazando
verle, que verle deseo,
ya en paz, o ya peleando.

D. JUAN:
¿Cómo se llama?

D. FERNANDO:
Yo creo
que se llama don Fernando,
y tiene por sobrenombre
Saavedra.

D. JUAN:
Ése es el hombre
por quien con mil males lucho.

D. FERNANDO:
Desa manera, no es mucho
que mi presencia te asombre.

[Sale] ROAMA, el moro

ROAMA:
Arlaxa y Fátima están
esperándote, cautivo.

D. FERNANDO:
Ve en paz; que, rendido Orán,
si el otro yo queda vivo,
tendrá remedio tu afán.

D. JUAN:
Estimo tu buen deseo;
mas, con todo aquesto, creo...;
pero no, no creo nada;
que es cosa desvariada
dar crédito a lo que veo.

[Vanse] don JUAN y ROAMA

D. FERNANDO:

Entre sospechas y antojos,
y en gran confusión metido,
va don Juan lleno de enojos,
pues le estorba este vestido
no dar crédito a sus ojos.
No se puede persuadir
que yo pudiese venir
a ser moro y renegar;
y así, se deja llevar
de lo que quise fingir.
Su confesión está llana,
y más lo estará si mira
y si conoce a su hermana;
que entonces no habrá mentira
que no se tenga por vana.
Pregunto: ¿en qué ha de parar
este mi disimular,
y este vestirme de moro?
En que guardaré el decoro
con que más me pueda honrar.

[Vase]. Tócase [al] arma; salen a la muralla el Conde [don ALONSO] y
GUZMÁN, y al teatro, AZÁN, el CUCO y ALABEZ

D. ALONSO:

Veinte asaltos creo que son
los que han dado a San Miguel,
y éste, según es crüel,
me muestra su perdición.
No podrá más don Fernando
de Cárcamo.

GUZMÁN:

No, sin duda;
mas, si no se le da ayuda,
su fin le está amenazando.
Fuerza que no se socorre,
haz cuenta que está rendida.

AZÁN:

San Miguel va de vencida,
que gran morisma allá corre.

Suena mucha vocería de "¡Li, li, li!" y atambores; sale
ROAMA

ROAMA:

San Miguel se ha entrado ya,
y, sobre el muro español,
son tus medias lunas sol,
el más bello que hizo Alá.
Fuéronse a Mazalquivir
algunos que se escaparon.
Azán Algún tanto dilataron
esos perros el vivir.

ALABEZ:

Desta huida no se arguye
el refrán que el vulgo trata,
que es hacer puente de plata
al enemigo que huye.

CUCO:

Hoy de aquel gran capilludo
las memorias quedarán
enterradas con Orán,
pues tú puedes más que él pudo.

AZÁN:

¡Valeroso don Martín,
que te precias de otro Marte,
espera, que voy a darte,
a tu usanza, un San Martín!

[Vanse todos. Salen ARLAXA y MARGARITA, cubierto el rostro
con un velo, y Don JUAN, como cautivo

D. JUAN:

Ayer me entró por la vista
cruda rabia a los sentidos,
y hoy me entra por los oídos,
sin haber quien la resista.
Ayer la suerte inhumana,
a quien mil veces maldigo,

me hizo ver mi enemigo,
y hoy me hace oír mi hermana.
Quítate el velo, señora,
y sacarme has de una duda
por quien tiembla el alma y suda.

MARGARITA:
¿Otra vez? No puedo agora.

D. JUAN:
¡Ay Dios, que la voz es ésta
de mi buscada enemiga!

MARGARITA:
Si el oírme te fatiga,
jamás te daré respuesta.

D. JUAN:
No me tengas más suspenso;
descúbrete, que me das,
mientras que cubierta estás,
un dolor que llega a inmenso.

ARLAXA:
Fátima, por vida mía,
que te descubras; veremos
por qué hace estos extremos
este cristiano.

MARGARITA:
Sí haría,
si no me importase mucho
encubrirme desta suerte.

D. JUAN:
Los ecos son de mi muerte
los que en esta voz escucho.

ARLAXA:
Descúbrete, no te asombres;
que has de saber, si lo ignoras,
que nunca para las moras
los cristianos fueron hombres.
Ya no es nadie el que es esclavo;
no tienes que recelarte.

MARGARITA:

Yo daré, por contentarte,
con mis designios al cabo.

[Hablan aparte ARLAXA y doña MARGARITA]

ARLAXA:

(Que te conozca, no importa;
cuanto más, que has de negallo

MARGARITA:

Dudosa en todo me hallo.

ARLAXA:

Ten ánimo, no seas corta.)

MARGARITA:

Descúbrome; vesme aquí,
cristiano; mírame bien.

D. JUAN:

¡Oh, el mismo rostro de quien
aquí me tiene sin mí!
¡Oh hembra la más liviana
que el sol ha visto jamás!
¡Oh hermana de Satanás
primero que no mi hermana!
Por ejemplos más de dos
he visto puesto en efeto
que, en perdiéndose el respeto
al mundo, se pierde a Dios.

ARLAXA:

¿Qué dices, perro?

D. JUAN:

Que es ésta
mi hermana.

ARLAXA:

¿Fátima?

D. JUAN:

Sí.

ARLAXA:
¡En mi vida vi ni oí
tan linda y graciosa fiesta!
¡Tuya mi hermana! ¿Estás loco?
Mírala bien.

D. JUAN:
Ya la miro.

ARLAXA:
¿Qué dices, pues?

D. JUAN:
Que me admiro,
y en el jüicio me apoco.
Por dicha, ¿hace Mahoma
milagros?

ARLAXA:
Mil a montones.

D. JUAN:
¿Y hace transformaciones?

ARLAXA:
Cuando voluntad le toma.

D. JUAN:
¿Y suele muda[r], tal vez,
en mora alguna cristiana?

ARLAXA:
Sí.

D. JUAN:
Pues aquésta es mi hermana,
y la tuya está en Jerez.

ARLAXA:
¡Roama, Roama, ven!

[Sale] ROAMA

ROAMA:

Señora; ¿qué es lo que mandas?

ARLAXA:

Que pongas las carnes blandas
a este perro.

ROAMA:

Está bien.

Vuélvese

ARLAXA:

Con un corbacho procura
sacarle de la intención
una cierta discreción
que da indicios de locura.

MARGARITA:

De cualquiera maleficio,
Arlaxa, que al hombre culpa,
le viene a sobrar disculpa
en la falta del juicio.
No le castigues así
por cosa que es tan liviana.

D. JUAN:

¡J[u]ro a Dios que eres mi hermana,
o el diablo está hablando en ti!

(Suenan dentro asalto)

ARLAXA:

¿No oyes, Fátima, que dan
asalto a Mazalquivir,
que hasta aquí se hace sentir
en el conflicto en que están?
Deja a ese perro, y acude,
por si lo podremos ver.

MARGARITA:

Siempre te he de obedecer.

[Vanse] ARLAXA y MARGARITA

D. JUAN:

¡Y quieren que desto dude!
Por ser grande la distancia
que hay de mi hermana a ser mora,
imagino que en mí mora
gran cantidad de ignorancia.
Extraño es el devaneo
con quien vengo a contender,
pues no me deja creer
lo que con los ojos veo.

[Vase]. Salen a la muralla Don MARTÍN, el capitán
GUZMÁN y BUITRAGO con una mochila a las espaldas y una bota de vino,
comiendo un pedazo de pan

D. MARTÍN:

¡Gente soberbia y crüel,
a quien ayuda la suerte,
no penséis que es éste el fuerte
tan flaco de San Miguel!
¡Bravo Guzmán, gran Buitrago,
hoy ha de ser vuestro día!

Bebe [BUITRAGO]

BUITRAGO:

Déjeme vueseñoría
que me esfuerce con un trago.
¡Échenme destos alanos
agora de dos en dos,
porque yo les juro a Dios
que han de ver si tengo manos!

Salen al teatro AZÁN, el CUCO, el ALABEZ, Don FERNANDO y
otros moros con escalas

AZÁN:

Al embestir no se tarde;
porque quiero estar presente,
para honrar al que es valiente
y dar infamia al cobarde.
Muzel, una escala toma,
y muéstranos que te dan,
como a melionés galán,
[manos las del gran Mahoma.]
¡Ea; al embestir, amigos;
amigos, al embestir;
que hoy será Mazalquivir
sepultura de enemigos!

Embisten; anda la grita; lleva [ALI]MUZEL una escala; sube por ella, y otro moro por otra; desciende al moro BUITRAGO, y don FERNANDO ase a [ALI]MUZEL y derribale; pelea con otros, y mátalos. Todos han de caer dentro del vestuario. Desde un cabo mira AZÁN, el CUCO y el ALABEZ lo que pasa

D. FERNANDO:

Ya no es tiempo de aguardar
a designios prevenidos,
viendo que están oprimidos
los que yo debo ayudar.
¡Baja, Muzel!

ALIMUZEL:

¿Por ventura,
quiéresme quitar la gloria
desta ganada vitoria?

D. FERNANDO:

Aún más mi intento procura.

ALIMUZEL:

¡Que me derribas! ¡Espera,
que ya abajo a castigarte!

D. FERNANDO:

Aunque bajase el dios Marte
acá de su quinta esfera,
no le estimaré en un higo.
¡Oh, cómo que trepa el galgo!

ALIMUZEL:

Poco puedo y poco valgo
con este amigo enemigo.
¿Por qué contra mí, Lozano,
esgrimes el fuerte acero?

Riñen los dos

D. FERNANDO:

Porque soy cristiano, y quiero
mostrarte que soy cristiano.

D. MARTÍN:

¡Disparen la artillería!
¡Aquí, Buitrago y Guzmán!
¡Robledo, venga alquitrán!
¡Arrojad esa alcancía!
¡Allí, que se sube aquél!

D. FERNANDO:

Donde yo estoy, este muro
estará siempre seguro;
y, aunque le pese a Muzel,
este perro vendrá al suelo.

Derriba a otro

AZÁN:

¿Quién es aquél que derriba
a cuantos suben arriba?

CUCO:

Que es renegado recelo;
pero yo lo veré presto,
y le haré que se arrepienta.

AZÁN:

A un rey no toca esa afrenta.

Vase el del CUCO contra Don FERNANDO

CUCO:

Mahoma se sirve en esto.

Vase

GUZMÁN:

Buitrago, el que nos defiende
es, sin duda, don Fernando.

BUITRAGO:

Aqueso estaba pensando,
porque a los moros ofende.

CUCO:

¡Renegado, perro, aguarda!

D. FERNANDO:

¡Rey del Cuco, perro, aguardo!

CUCO:

¿Cómo en tu muerte me tardo?

D. FERNANDO:

Pues la tuya ya se tarda.
Alimuzel, désta vas,
y tú, rey, irás de aquésta.
¡Concluyóse ya esta fiesta!

CUCO:

¡Muy mal herido me has!

ALIMUZEL:

¡Muerto me has, moro fingido
y cristiano mal cristiano!

(Caen dentro del vestuario)

D. FERNANDO:

Tengo pesada la mano
y alborotado el sentido;

Dios sabe si a mí me pesa.
Gran don Martín valeroso,
haz que descieran al foso
y recojan esta presa.

GUZMÁN:

Don Fernando, señor, es,
que viene a hacer recompensa
de la cometida ofensa:
diez ha herido, y muerto a tres;
y el rey del Cuco es aquél
que yace casi difunto.

D. MARTÍN:

Pues socorrámosle al punto.

GUZMÁN:

Y el otro es Alimuzel.

D. MARTÍN:

Vayan por la casamata
al foso, y retírenlos.

BUITRAGO:

Vamos por ellos los dos.

Quítase del muro GUZMÁN
Y BUITRAGO

AZÁN:

Ya no es la empresa barata,
pues me cuesta un rey, y tantos
que en veinte asaltos han muerto.
¿Alboroto, y en el puerto
(¿qué podrá ser?) de los Santos?

Suenan tod[as las campanas]

Campanas en la ciudad
suenan, señal de alegrías,
y tocan las chirimías;
aquésta es gran novedad.

Vamos a ver lo que es esto,
y toquen a recoger.

ALABEZ:

No sé lo que pueda ser.

AZÁN:

Pues yo lo sabré bien presto.

[Vanse]. Salen BUITRAGO y GUZMÁN

GUZMÁN:

Al retirar, don Fernando,
que en gran peligro estás puesto.

D. FERNANDO:

No lo pienso hacer tan presto.

BUITRAGO:

Pues, ¿cuándo?

D. FERNANDO:

Menos sé cuándo.

Yo, que escalé estas murallas,
aunque no para huir dellas,
he de morir al pie dellas,
y con la vida amparallas.
Conozco lo que me culpa,
y, aunque a la muerte me entregue,
haré la disculpa llegue
adonde llegó la culpa.

BUITRAGO:

Yo sé muy poco, y diría,
y está muy puesto en razón,
que la desesperación
no puede ser valentía.

GUZMÁN:

Menos riesgo está en ponerte
del conde a la voluntad
que hacer la temeridad
donde está cierto el perderte.
Procúrate retirar,

pues es cosa conocida
que al mal de perder la vida
no hay mal que pueda llegar.
En efecto: has de ir por fuerza,
si ya no quieres de grado.

D. FERNANDO:

De vuestra fuerza me agrado,
pues más obliga que fuerza.
Retirad aqueos dos
del foso, que es gente ilustre.

BUITRAGO:

Locura fuera de lustre
el quedarte, ¡juro a Dios!

[Vanse] todos. Salen AZÁN, ARLAXA, MARGARITA, don JUAN,
ROAMA, que trae preso a VOZMEDIANO

ROAMA:

Éste, pasando de Orán
a Mazalquivir, fue preso.

AZÁN

Éste nos dirá el suceso
y por qué alegres están.

VOZMEDIANO:

Porque les entró un socorro,
que por él, ¡oh gran señor!,
a la hambre y al temor
han dado carta de horro.
Un don Álvaro Bazán,
terror de naciones fieras,
a pesar de tus galeras,
ha dado socorro a Orán.
En la cantidad es poco,
y en el valor sobrehumano.

D. JUAN:

Si aquéste no es Vozmediano,
concluyo con que estoy loco.

VOZMEDIANO:

¡Suerte airada, por quien vivo
en pena casi infinita!
Aquella, ¿no es Margarita,
y su hermano aquel cautivo?

AZÁN:
¿Hay nuevas de otro socorro,
cristiano?

VOZMEDIANO:
Dicen que sí.

D. JUAN:
De haber dudado hasta aquí
ya me avergüenzo y me corro.
¿No os llamáis vos Vozmediano?

VOZMEDIANO:
No, señor.

D. JUAN:
¿Qué me decís?

VOZMEDIANO:
Que no.

D. JUAN:
¡Por Dios, que mentís!

VOZMEDIANO:
Estoy preso y soy cristiano,
y así, no os respondo nada.

D. JUAN:
¿Aquella no es Margarita,
viejo ruin?

VOZMEDIANO:
Es infinita
vuestra necedad pensada.
Pedro ´lvarez es mi nombre:
ved si os habéis engañado.

D. JUAN:
El seso tengo turbado;
no hay cosa que no me asombre.

Que si éste no es Vozmediano
y no es Margarita aquélla,
y el que causó mi querella
no es el otro mal cristiano,
tampoco soy yo don Juan,
sino algún hombre encantado.

[Sale] un MORO

MORO:
¿Cómo estás tan sosegado,
valeroso y fuerte Azán?

Si tardas un momento, no habrá fusta,
galera ni bajel de cuantos tienes
en este mar que no sea miserable
presa del español, que a remo y vela
viene a embestirte. Rey Azán, ¿qué aguardas?

AZÁN:
Todo moro se salve, que los turcos
solos se han de embarcar. ¡Adiós, amigos!

(Vase)

ARLAXA:
Fátima, no me dejes; ven conmigo,
que tiempo habrá donde a tu gusto acudas.

MARGARITA:
No te puedo faltar; guía, señora.

[Vanse] las dos

D. JUAN:
Solos quedamos, hombre, y sólo quiero
que me digas quién eres; que yo pienso
que eres un Vozmediano de mi tierra.

VOZMEDIANO:

No es éste tiempo para tantas largas;
la libertad tenemos en las manos;
dejalla de cobrar será locura.
Pedro ´lvarez me llamo por agora.

[Vase]

D. JUAN:
¿Cómo podré dejarte, hermana o mora?

[Vase]. Salen a la muralla Don MARTÍN, GUZMÁN, Don
FERNANDO y BUITRAGO

D MARTÍN:
¡Oh, que se embarca el perro y que se escapa!
Dobla la punta, general invicto,
y embístele.

GUZMÁN:
Por más que lo procura,
no es posible alcanzarle.

D. FERNANDO:
¡A orza, a orza,
con la vela hasta el tope! ¡Oh, que se escapa!
De Canastel el cabo dobla, y vase.

D. MARTÍN:
Los perros de la tierra, en remolinos
confusos, con el miedo a las espaldas,
huyen y dejan la campaña libre.

BUITRAGO:
Toda la artillería se han dejado.

GUZMÁN:
Las proas endereza nuestra Armada
al puerto, y ya de Orán el conde insigne
ha salido también.

D. MARTÍN:
A la marina,

que el bravo don Francisco de Mendoza
no tardará en llegar.

[Vanse] Don MARTÍN y BUITRAGO

D. FERNANDO:

Amigo, escucha:

¿no ves aquel montón que va huyendo
de moros por la falda del ribazo?

GUZMÁN:

Muy bien. ¿Por qué lo dices?

D. FERNANDO:

Allí creo

que va desta alma la mitad.

GUZMÁN:

¿Va Arlaxa?

D. FERNANDO:

Arlaxa va.

GUZMÁN:

¡Mahoma la acompañe!

D. FERNANDO:

Ven, que con ella va la que me lleva
el alma, y me conviene detenellas;
sígueme, que has de hacer por mí otras cosas
que me importan la honra.

GUZMÁN:

Yo te sigo;

que hasta la aras he de serte amigo.

[Vanse]. Sale[n], como que se desembarca, Don FRANCISCO de
Mendoza; recíbenle el Conde [don ALONSO], don MARTÍN,
BUITRAGO y otros

D. ALONSO:

Sea vuesa señoría bien venido,

cuanto ha sido el deseo
que de verle estas fuerzas han tenido.

D. FRANCISCO:

El cielo, a lo que creo,
en mi mucha tardanza ha sido parte,
porque viese esta tierra más de un Marte;
que de aquestas murallas las ruinas
muestran que aquí hubo brazos
de fuerzas que llegaron a divinas.

BUITRAGO:

Rompen por embarazos
imposibles los hartos y valientes,
y esto saben mis brazos y mis dientes.

D. MARTÍN:

¡Paso, Buitrago!

BUITRAGO:

Yo, señor, bien puedo
hablar, pues soy soldado
tal, que a la hambre sola tengo miedo.
Ya el cerco es acabado.

D. MARTÍN:

No es para aquí, Buitrago, aqueso. ¡Paso!

BUITRAGO:

Nadie sabe la hambre que yo paso.

D. ALONSO:

Cincuenta y siete asaltos reforzados
dieron los turcos fieros
a estos terrones por el suelo echados.

BUITRAGO:

Cincuenta y siete aceros
tajantes respondieron a sus bríos,
todos en peso destos brazos míos.
Corté y tajé más de una turca estambre.

D. ALONSO:

¡Buitrago, basta agora!

BUITRAGO:

Bastará, a no morirme yo de hambre.

D. FRANCISCO:

En vuestro pecho mora,
famoso don Martín, la valentía.

BUITRAGO:

Y en el mío la hambre y sed se cría.

[Sale] el capitán GUZMÁN y lee un billete a Don FRANCISCO; y, en leyéndole, dice

D. FRANCISCO:

Haráse lo que pide don Fernando;
que todo lo merece
lo que dél va la fama publicando.
Coyuntura se ofrece
donde alegre y seguro venir puede.

GUZMÁN:

Tu gran valor al que es mayor excede.

[Vase] GUZMÁN

D. FRANCISCO:

Pido, en albricias deste buen suceso,
señor conde, una cosa
que por algo atrevida la confieso,
mas no dificultosa.

D. ALONSO:

¿Qué me puede mandar vueseñoría
que no haga por deuda o cortesía?

D. FRANCISCO:

De don Fernando Saavedra pido
perdón, porque su culpa
con su fogoso corazón la mido,
y el dará su disculpa.

D. ALONSO:

Muy mal la podrá dar; pero, con todo,

señor, a vuestro gusto me acomodo.

[Salen] Don FERNANDO y ALIMUZEL, con una banda, como que está herido, ARLAXA, MARGARITA, Don JUAN y VOZMEDIANO

D. FERNANDO:

Si confesar el delito,
con claro arrepentimiento,
mitiga en parte la ira
del juez que es sabio y recto,
yo, arrepentido, aunque tarde,
el mal que hice confieso,
sin dar más disculpa dél
que un honrado pensamiento.
A la voz del desafío
deste moro corrí ciego,
sin echar de ver los bandos,
que al más bravo ponen freno.
Pero no es éste lugar
para alargarme en el cuento
de mi extraña y rara historia,
que dejo para otro tiempo.

D. ALONSO:

Agradecedlo al padrino
que habéis tenido, que creo
que allí llegará la pena
do llegó el delito vuestro.
Pero, ¿qué moras son éstas?,
¿y qué cautivos? ¿Qué es esto?

D. FERNANDO:

Todo lo sabrás después,
y por agora te ruego
que me des, señor, licencia,
para hablar sólo un momento
y acomodar muchas causas
de quien verás los efectos.

D. ALONSO:

Hablad lo que os diere gusto,
que del vuestro le tendremos;
que siempre vuestras palabras
responden a vuestros hechos.

D. FERNANDO:

Yo soy, Arlaxa, el cristiano,
y entiende que ya no miento,
don Fernando, el de la fama,
que te enamoró el deseo.
La palabra que le diste
a Alimuzel tenga efecto,
que él hará entrego de mí,
pues yo en sus manos me entrego.
Y vos, don Juan valeroso,
cuyo honrado y noble intento
os trujo a tal confusión
que os turbó el conocimiento,
perdonad a vuestra hermana,
que el romper del monesterio
redundará en su alabanza,
señor, si vos gustáis dello.
Sin dote será mi esposa;
que nunca falta el dinero
donde los gustos se miden
y se estrechan los deseos.
En esta mora en el traje
a vuestra hermana os ofrezco,
y a mi esposa, si ella quiere.

MARGARITA:

Yo sí quiero.

D. FERNANDO:

Yo sí quiero.

D. JUAN:

¿No es aquéste Vozmediano?

VOZMEDIANO:

El mismo.

D. JUAN:

¡Gracias al cielo
que, tras de tantos nublados,
claro el sol y alegre veo!
No es este famoso día
de venganzas, y no tengo
corazón a quien no ablande
tal sumisión y tal ruego.

Yo perdono a Margarita,
y por esposa os la entrego,
Alejandro de mi hacienda,
pues la mitad os ofrezco.

ARLAXA:

Y yo la mano a Muzel;
que, aunque mora, valor tengo
para cumplir mi palabra;
cuanto más, que lo deseo.

D. ALONSO:

Tan alegre destas cosas
estoy, cuanto estoy suspenso,
porque dellas veo el fin,
y no imagino el comienzo.

D. FERNANDO:

¿Ya no te he dicho, señor,
que te lo diré a su tiempo?

[Sale] UNO

UNO:

En este punto espiró
el buen alférez Robledo.

GUZMÁN:

Dios le perdone, y mil gracias
doy al piadoso cielo,
que me quitó de los hombros
tan pesado sobrehueso.
Quien quiere tener la vida
rendida a cualquier encuentro,
y no tener gusto en ella
ni velando ni durmiendo,
afrente a algún bien nacido,
y verá presente luego
el rostro que el temor tiene,
la sospechas y el recelo.

BUITRAGO:

Quien quisiere se le quite
todo temor, todo miedo,

tenga hambre, y verá como
cesa todo en no comiendo.

D. MARTÍN:

Yo añadiré las raciones,
Buitrago.

BUITRAGO:

¡Hágate el cielo
vencedor nunca vencido
por casi siglos eternos!

D. ALONSO:

Entremos en la ciudad,
señor don Francisco.

D. FRANCISCO:

Entremos,
porque a la vuelta me llaman
estos favorables vientos,
y quiero deste principio
entender estos sucesos,
porque, en ser de don Fernando,
gustaré de que sean buenos.

BUITRAGO:

Tóquense las chirimías
y serán, si bien comemos,
dulces y alegres las fiestas.

GUZMÁN:

¿Y si no?

BUITRAGO:

Renegaremos.

UNO:

¡Buitrago, daca el alma!

BUITRAGO:

¡Hijo de puta! ¿Tenemos
más almas que dar, bellaco?

UNO:

¡Daca el alma!

BUITRAGO:

¡Por San Pedro,
que si os asgo, hi de poltrón,
que habéis de saber si tengo
alma que daros!

GUZMÁN:

Buitrigo,
no haya más, que llega el tiempo
de dar fin a esta comedia,
cuyo principal intento
ha sido mezclar verdades
con fabulosos intentos.

FIN DE LA COMEDIA